

SAAVEDRA, ÁNGEL DE. DUQUE DE RIVAS (1791-1865)

*LA MORISCA DE ALAJUAR*

PERSONAJES:

DON FERNANDO  
CORBACHO.  
MARÍA, morisca.  
MALEC, morisco.  
MULIM-ALBENZAR, morisco.  
ZEIR, morisco.  
EL CONDE DE SALAZAR.  
UN SECRETARIO.  
FELISA, cristiana.  
UN ALCAIDE.  
ABDALLA, alfaquí morisco.  
DONCELLAS ALDEANAS, moriscas.  
EL MARQUÉS DE CARACENA.  
PASTORES, moriscos.  
EL COMENDADOR MAYOR.  
MORISCOS CONJURADOS.  
EL CAPITÁN GARCÍA.  
SOLDADOS ESPAÑOLES.  
UN SARGENTO.

La acción pasa en el reino de Valencia a fines del año de 1509 y principios del de 1610

JORNADA PRIMERA

ESCENA PRIMERA

Representa una amena cañada en las cercanías de la villa de Alajuar, rodeada de ásperos montes. Después de cantar dentro los cuatro primeros versos, salen diez o doce jóvenes ALDEANAS moriscas, y detrás de ellas, MARÍA y FELISA; todas con cantarillos, como que van por agua a la fuente

TODAS.

(En coro, dentro):

No tenga fe ni esperanza  
quien no estuviere en presencia.

TODAS.

(En coro, dentro):

Pues son olvido y mudanza  
las condiciones de ausencia.  
(Entran todas).

ALDEANA 2<sup>a</sup>

(Canta):

Quien quisiere ser amado,  
trabaje por ser presente,  
que cuan presto fuere ausente,  
tan presto será olvidado.

ALDEANA 1<sup>a</sup>

(Canta):

No tenga fe ni esperanza  
quien no estuviere en presencia.

TODAS.

(En coro cantan):

Pues son olvido y mudanza  
las condiciones de ausencia.  
(Vanse).

MARÍA.

(Deteniendo a Felisa).

Déjalas llegar, amiga,  
al dulce raudal, y aquí  
queda un rato junto a mí,  
a consolar mi fatiga.

Que esa insensata canción,  
con que dan vida a este ejido,  
todo un infierno ha metido  
en mi roto corazón.

Y miente la letra, miente,  
pues amor que no es vulgar  
nunca más firme ha de estar  
que cuando está en un ausente.

FELISA.

Singular es tu constancia,

¡oh hermosísima María!,  
y ese amor, que desafía  
al tiempo y a la distancia.  
En hora menguada vino  
don Fernando a este lugar,  
tu tierno pecho a enredar  
en tan ciego desatino.

MARÍA.

No digas eso, que yo  
bendigo el feliz momento  
en que para alojamiento  
mi casa y mi pecho halló.  
En aquella temporada  
que le tuve junto a mí  
tan venturosa me vi,  
y tan amante y amada,  
que con su recuerdo sólo  
soy la más feliz mujer  
que en el orbe puede haber  
desde un polo al otro polo.  
Y un porvenir tan risueño  
de encanto y felicidad  
se presentó a mi ansiedad,  
que voy tras él con empeño.

FELISA.

¡Ay, que los recuerdos son  
dejos de un bien acabado,  
y un porvenir no ha pasado  
jamás de incierta ilusión!  
No es, no, tan desatinada  
la letra de ese cantar,  
que sólo te da pesar  
porque estás alucinada.  
Si tuvieras mi experiencia  
(ya la tendrás algún día),  
conocieras, hija mía,  
de tu pasión la demencia.  
No es decir que quepa engaño  
en el pecho de tu amante;  
será muy firme y constante,  
pero ¡está sin verte un año!

MARÍA.

Cuando, ¡ay de mí!, se marchó

de esa Flandes a la guerra,  
antes de un año a esta tierra  
volver amante juró.

FELISA.

Ya el año cumplido es.

MARÍA.

Y yo con gran fe lo aguardo,  
que no es, Felisa, retardo  
sólo el retardo de un mes.

FELISA.

De los que se van, dejando  
en España empeños locos,  
a esa Flandes, vuelven pocos.

MARÍA.

Uno será don Fernando.  
Si conocieras, amiga,  
los extremos de su amor,  
de su palabra el valor  
y de su alma, que bendiga  
Dios, los dotes celestiales,  
como yo los conocí,  
no me afligieras así  
con desconfianzas tales.  
Vendrá, ama mía; vendrá.

FELISA.

Pero, aunque vuelva, ¿qué esperas...?  
Quién eres no consideras,  
ni sabes quién él será.  
Tú, morisca...

MARÍA.

(Con viveza).  
Yo, cristiana.

FELISA.

(Con ternura).  
¡Hija idolatrada!... Sí,  
que de madre te serví  
desde tu niñez temprana,  
y con mi leche mamaste  
la fe más pura y leal,

siendo mi gozo cabal,  
porque en ella te afirmaste.  
Y tu sangre misma..., ¡ay triste!,  
sin madre desde la cuna...  
Dios te ha dado la fortuna  
de que en mis brazos creciste.  
Pero al asunto tornando  
de tu amor, pues con razón  
se me parte el corazón  
otros tiempos recordando,  
te diré que, aunque cristiana,  
eres morisca, María,  
en quien nunca halla hidalguía  
la soberbia castellana.  
Y de tu amante, aunque sea  
falso el nombre que nos dijo,  
la ilustre alcornia colijo  
de la insignia que campea  
roja en su pecho español,  
¡y te querrá para esposa,  
aunque te adore cual diosa,  
y le parezcas un sol!

MARÍA.

(Con dignidad).

Hubo moros caballeros,  
y moros reyes también.  
¡Y quién quitar puede, quién,  
su sangre a sus herederos!  
La familia de Albenzar,  
por más que el hado la humilla,  
ni a los reyes de Castilla  
nobleza debe envidiar.  
Que en los muros de Jaén  
ha dejado fama eterna,  
y hoy un Albenzar gobierna  
las torres de Tremecén.  
Y si la cristiana cruz  
aun lo más vil avalora,  
no ha de oscurecer ahora  
de mi nobleza la luz.

FELISA.

(Aparte).

En cuanto hace, piensa y dice  
descubre su sangre hidalga.

¡Oh recuerdos!... ¡Dios me valga!  
no sé si bien o mal hice.

(Alto).

¡Ah!, si insensatos no fueran  
de tu morisca nación  
los nobles, con más razón  
de su estirpe alarde hicieran.  
Tal vez cual cristiana vieja  
y cual de sangre española  
pienso yo.

MARÍA.

No eres la sola,  
pues a mí también me aqueja  
ver a la raza africana,  
ya española, y que debía  
con noble y leal bizarría  
ser española y cristiana,  
cerrar con obstinación  
los ojos a la verdad,  
y buscarse, ¡oh ceguedad!,  
continua persecución.

FELISA.

¿Tu talento ha traslucido  
los altos intentos...?

MARÍA.

Sí;  
los intentos locos di,  
y que el corazón partido  
me tienen, pues los cristianos  
los conocen y los ven,  
y alistan fuerzas también  
para que resulten vanos.  
Verás, pues, que los rigores  
que dos veces se temieron  
y que evitarse pudieron,  
van a renacer mayores.  
Y verás de los moriscos  
en la osada resistencia  
sólo una ciega demencia  
que ensangrentará estos riscos.

FELISA.

Pues tu padre es...

MARÍA.

Harto lloro  
la obstinación en que vive  
y ese obsequio que recibe  
de todo este pueblo moro.

FELISA.

(Con burla).

¿Esperanzas no te dan  
esas cosas que han contado  
de Alfatín, el encantado  
en las sierras de Espadán,  
de quien dice el alfaquí  
que sobre un verde corcel  
el imperio de Ismael  
ha de restaurar aquí?

MARÍA.

(Con desprecio).

Yo soy, Felisa, cristiana,  
cristiana de corazón,  
y oigo con indignación  
esa creencia musulmana.  
Sólo desdichas espero  
de ese ardor mal entendido,  
que en nuestra gente ha encendido  
tanto ambicioso embustero.  
Mas no hablemos de esto, no;  
hablemos de don Fernando,  
a quien estoy esperando  
con el alma toda yo.  
(Voces dentro).

UNA.

¡Detente!...

OTRA.

A la ladera...

OTRA.

Atajad por aquí.

DON FERNANDO.

(Dentro).

¡Cielos!

CORBACHO.

(Dentro y muy lejos).

Espera.

MARÍA.

(Sobresaltada).

¿Qué acento da ese monte,  
que poblando de horror el horizonte  
causa en mi corazón mortal desmayo?

FELISA.

(Asombrada y mirando adentro).

Como encendido rayo  
o perdido cometa,  
desbocado bridón que no sujeta  
el freno roto ya, veloz se mete  
con peligro espantoso del jinete  
en lo más intrincado de esas breñas.

MARÍA

(Mirando adentro).

Sí, ya le veo entre las altas peñas,  
que exhalación parece;  
y su dorada piel, que resplandece  
del sol a las vislumbres,  
enciende con relámpagos las cumbres.  
Dijérase que uniendo va con saltos  
las bajas nubes y los montes altos.

FELISA.

¡Cuán firme el caballero  
sobre la espalda va del monstruo fiero,  
¡oh desdichada suerte!,  
despeñado a los brazos de la muerte.  
(Asustada y en ademán de huir).  
Hacia aquí viene... Huyamos,  
que a ser despojo de su furia vamos.

MARÍA.

(Horrorizada y apartando la vista).

Precipitóse..., ¡cielos!... ¿No lo viste?  
¡Espectáculo triste!  
Tropezó con un risco,  
que es ya de su sepulcro el obelisco.

FELISA.

(Mirando adentro con ansiedad).

Ya acuden los pastores...

Quieran del Cielo airado los rigores...

MARÍA.

(Desalentada).

Vamos.... démonos prisa.

Vamos allá, Felisa...

(Titubeando).

Mas, ¡ay!..., andar no puedo...;

rémora de mis plantas es el miedo.

¡Ay de mí, desdichada!

(Cae desmayada en brazos de Felisa).

FELISA.

(Sosteniéndola).

¡Cielos, cielos!... ¡María desmayada!

Ya en gualdas se han tornado  
las rosas de su rostro delicado.

Y la boca entreabierta,

y los labios de hielo

parecen, ¡ay!, la puerta

por do quiere volar el alma al cielo.

¡María! ¡Ay de mí, triste! Ya me falta

vigor para en mis brazos sostenerla;

sobre este césped, que el abril esmalta,

mientras busco socorro, he de ponerla.

Y corriendo a la fuente

agua traeré con que regar su frente.

(La coloca a un lado sobre un ribazo).

¡Ay cielos!... ¡Hija mía!

Caduco miro en su semblante el día.

(Vase. Entra Don Fernando, descompuesto sin capa ni sombrero, con la ropilla abierta, lleno de lodo y con algunos piquetes en el rostro. Le rodean cuatro o seis pastores moriscos).

DON FERNANDO.

Yo os adoro rendido,

¡oh Dios Omnipotente y bondadoso!,

que en peligro tan grave y espantoso

amparado me habéis y defendido.

Y a vos, ¡oh buena gente!,

gracias os doy postrado,

pues tan caritativa y diligente

para darme socorro habéis volado.  
Retiraos; no fue nada  
el golpe; la maleza enmarañada  
lo quebrantó de modo  
que lo que sangre fuera, sólo es lodo.  
Esa vecina fuente  
me dará refrigerio competente  
para el susto en sus plácidos cristales.  
Tornad a esos fragosos peñascales,  
en pos del bruto alado,  
que tal vez del ladrido importunado  
de vuestros fieles perros,  
desatado huracán, cruzó los cerros,  
hundiéndose a sí mismo  
y a mí con él en tan profundo abismo.  
Si le halláis vivo, os ruego  
que de mano al lugar lo llevéis luego.  
Y os conjuro busquéis a un fiel criado,  
que al mirarme empeñado  
en tan tremendo lance,  
por socorrerme se arrojó al alcance.  
Y aun le escucho perdido en esas breñas  
darme de su lealtad con llanto señas.  
(Vanse los pastores).  
Allí la clara fuente me convida  
con su líquido hielo.  
(Repara en María).  
Mas ¿qué es esto que miro? ¡Santo cielo!  
Desmayada o dormida,  
una mujer sobre la hierba yace,  
y mi pecho al mirarla se deshace.  
(Se acerca y la reconoce).  
¡Infelice de mí! ¿Deliro...? ¿Sueño...?  
Mi dulce encanto, mi adorado dueño.  
¡Oh celestial María!  
¿Así te encuentra, ¡oh Dios!, el ansia mía?...  
¡Oh!, despierta, mi bien, mi amor, despierta.  
(La mueve y examina).  
¡Cielos!..., helada..., yerta.  
¡Ay!...: ¿Para hallarla así salvé la vida?  
Siempre una desventura  
es de otra más atroz prenda segura.  
¡María..., mi María...! ¡Oh Dios!...  
(La observa).  
Acaso  
a la respiración aun lento paso

da el labio desteñado,  
y del todo el calor aun no perdido.  
Para poderle dar presto socorro  
hacia la fuente arrebatado corro.  
(Va a marchar y se detiene).  
Mas aquí una aldeana a toda prisa  
desde la fuente viene.  
Y con agua vendrá, puesto que tiene  
un cántaro en la mano... ¡Ay, que es Felisa!

(Entra Felisa con un cantarillo, y se detiene al ver a Don Fernando).

FELISA.  
¿Un caballero allí?... ¿Qué importa? Vuelo,  
que en desmayo mortal yace en el suelo.  
(Se acerca y reconoce a Don Fernando).  
¡Oh señor don Fernando!

DON FERNANDO.  
¡Ay Felisa!... ¿Qué es esto?

FELISA.  
Desventuras, señor.

DON FERNANDO.  
Con agua presto  
regad el rostro de azucena.

FELISA.  
Cuando  
de breños el confuso laberinto  
cruzar vio a un despeñado, que sin duda  
erais, a lo que infiero,  
por amoroso instinto  
os conoció tal vez, y yerta y muda  
cayó cual veis.

(Salpica con agua el rostro de María).

DON FERNANDO.  
¡Oh celestial María!

(Se sienta junto a ella, la incorpora, sosteniéndole la cabeza).

FELISA.  
Ya torna en sí.

DON FERNANDO.  
Torna a lucir el día.  
¡María!

MARÍA  
(Volviendo en sí).  
¿Dónde estoy...?

DON FERNANDO.  
Sobre mi pecho.

MARÍA.  
(Desalentada).  
¿Y el infelice que pedazos hecho...?

DON FERNANDO.  
(Arrojándose a sus pies).  
A tus plantas tu vida idolatrando.

MARÍA.  
(Abrazándolo, transportada de gozo).  
Delirio?... ¡Oh confusión!... ¡Cielo!... ¡Fernando!

(Permanecen abrazados un instante, y se sientan juntos, con muestras de gran ternura y contento).

¿Es engañoso?... ¿Es ilusión?  
¿Estoy soñando o despierta?...  
Mi oprimido corazón  
duda, y duda con razón,  
que sea tanta dicha cierta.

DON FERNANDO.  
Sí, hermosísima María;  
tu tierno y rendido amante  
torna amoroso y constante,  
a tus plantas este día,  
de un gran peligro triunfante.  
Que para poder lograr  
tan alta y dichosa suerte,  
cual es la de merecerte,  
es fuerza antes arrostrar  
los peligros de la muerte.

MARÍA.

¿Conque fuisteis vos, Fernando,  
fuisteis vos aquel que vi...?

DON FERNANDO.  
Divino dueño, yo fui  
el que esos cerros salvando...

MARÍA.  
¡Cuán presto, ay Dios, lo temí!  
¿Y no os habéis hecho nada  
con un golpe tan tremendo...?  
¡Ay de mí, que os estoy viendo,  
y aún indecisa y turbada  
que deliro estoy creyendo!

DON FERNANDO.  
De un ángel en la presencia  
nunca puede ocurrir mal,  
y tú el ángel celestial  
fuiste, que la Providencia  
me dio en el trance mortal.

MARÍA.  
(Sobresaltada).  
Pero aun estáis demudado...  
con sangre en el rostro..., sí.

DON FERNANDO.  
Acaso cuando caí  
entre el ramaje acopado  
sin yo sentirlo me herí.  
Mas no es nada.

MARÍA.  
(Afligida).  
La caída  
resultas puede tener.

DON FERNANDO.  
(Con gran ternura).  
Pues ya os he llegado a ver,  
segura tengo la vida,  
y nada debo temer.

MARÍA.  
(Se levanta inquieta y solícita, y toma el cantarillo de Felisa).

¡Ah! Bebed, bebed, os ruego...  
Que os limpie el rostro dejad.  
(Se lo limpia con el delantal).  
¡Ay!... no cesa mi ansiedad,  
no puedo lograr sosiego  
al veros así... Tomad.

(Le da de beber, y en tanto continúa, dirigiéndose a Felisa):

Ya ves, ya ves, ama mía,  
si esperaba con razón,  
si mi amante corazón  
con motivo desmentía  
la impertinente canción.

DON FERNANDO.  
(Al acabar de beber).  
Agua dada por tu mano,  
¡oh MARÍA angelical!,  
medicina es celestial,  
es bálsamo sobrehumano  
capaz de hacerme inmortal.

(Sale Corbacho muy fatigado, y trae en la mano el sombrero y la capa con cruz de Santiago de don Fernando).

CORBACHO.  
Pues, señor, yo lo celebro.  
Cuando encontrarte creí  
al pie de un áspero risco,  
hecho pedazos dos mil,  
tornando los arroyuelos  
en espumoso carmín,  
y las hierbas de esmeralda  
en corales o en rubís,  
te encuentro, Dios te bendiga,  
cual nunca sano y gentil,  
sentado en pintadas flores  
y en brazos de un serafín.  
Si de todas tus caídas  
te levantas tan feliz,  
¡vive Dios!, que a cada instante  
a despeñarte has de ir.

MARÍA.

¡Corbacho!

CORBACHO.  
¡Señora mía!...  
¡Felisa!

FELISA.  
¿Tú por aquí?

CORBACHO.  
La sogá tras el caldero,  
tras de su dueño el mastín.  
Pero, señor, ¿estás vivo...?  
¿Estás vivo, sin mentir?  
Pues según ha sido el golpe,  
me asombro de verte. Y si  
estás ya muerto, y tan sólo  
eres ánima sutil,  
me has dado el chasco más grande.

DON FERNANDO.  
No entiendo... ¿Qué chasco...? Di.

CORBACHO.  
Pues, qué, ¿te parece flojo?  
¿Pudiera yo discurrir  
jamás, sabiendo quién eres,  
y cómo vives, en fin,  
que sin confesión muriendo  
te encontraras en un tris,  
no digo en el purgatorio,  
dueño de la gloria así?

DON FERNANDO.  
Y qué bien, amigo, dices,  
porque mi gloria está aquí.  
La presencia de María,  
luz de mi estrella feliz,  
me amparó con su influencia,  
y me salvó de morir.

CORBACHO.  
Si conforme diste en blando  
sobre el mullido cojín  
de lantiscos y retamas,  
contra el peñasco, que allí

está a dos dedos, te dieras  
el coscorrón, juro a mí  
que del mundo las Marías  
todas, aunque sean cien mil,  
ni las Blasas, ni las Petras,  
ni las Victorianas, ni  
las Alfonsas te librarán  
(aunque estrellas del cenit  
y flores del Paraíso  
fueran en brillo y matiz)  
de ser hoy huevo estrellado  
o tortilla en perejil.  
Mas ponte, señor, la capa;  
toma el sombrero, que así  
pareces una figura  
de un desgarrado tapiz.

(Don Fernando se levanta, y, ayudado por Corbacho, se pone la capa, ajusta la ropilla, se limpia el lodo y se pone el sombrero, siguiendo entre tanto el diálogo).

Pero esto, al cabo, ¿qué ha sido?,  
pues no lo sé, aunque lo vi.

DON FERNANDO.

Al embestirme los perros  
que salieron del redil,  
un bote dio mi caballo,  
por sujetarlo rompí  
el freno, y partió furioso.

CORBACHO.

¡Endemoniado rocín!  
¡Después de catorce leguas,  
que no son grano de anís,  
y de, sin descanso alguno,  
desde Flandes hasta aquí  
jornada tras de jornada,  
y no muy cortas, venir!

DON FERNANDO.

No he visto otro más ligero;  
era un corzo, era un neblí.

CORBACHO.

Un desatado demonio  
debieras, señor, decir.

DON FERNANDO.  
¿Y lo encontraron?

CORBACHO.  
Tendido  
y harto maltrecho. Hacia allí  
se lo llevan los pastores,  
desencajado un cuadril.  
Mas en Alajuar entremos,  
señor, y mira por ti.  
Date luego una sangría,  
pues suelen después salir  
resultas de estos porrazos.

MARÍA.  
(Levantándose con viveza).  
¡Ay mi don Fernando!... Sí,  
vamos al punto a mi casa,  
donde os saldrá a recibir  
mi buen padre con los brazos,  
dándose por muy feliz  
de que a honrar vuelva su choza  
caballero tan gentil.

DON FERNANDO.  
Vamos, pues, a donde quieras,  
¡oh divino querubín!  
Tan encantado me encuentro  
en estando junto a ti,  
que cualquier parte del mundo  
es el Cielo para mí.

(Vanse).

CORBACHO.  
Vamos, Felisa, que el susto,  
y el vocear, y el gemir  
me han abierto el apetito,

FELISA.  
(Recogiendo su cantarillo y el de MARÍA).  
Corbacho, a almorzar venid.  
(Vanse).

## ESCENA II

Sala de Ayuntamiento de la villa de Alajuar, y salen MULIM-ALBENZAR, MALEC, ZEIR y diez o doce MORISCOS de distinción, vestidos todos con bragas a la morisca y borceguíes, ropilla y capa a la española, sin golilla ni gorguera y sombreros blancos de falda, y en ellos cosidas grandes medias lunas de paño azul, que era entonces el distintivo de su raza. Todos manifiestan gran respeto a ALBENZAR

MULIM-ALBENZAR

Pues que don Diego Quijano  
se ausentó con Pedro Rueda.  
y por fortuna no queda  
aquí ya ningún cristiano,  
siendo los dos solamente  
los que en nuestro Ayuntamiento  
este año tienen asiento,  
vamos a lo más urgente.  
Lisonjeras y propicias  
de todo aqueste contorno,  
para el pensado trastorno  
son las últimas noticias.  
Y ha nuestro alfaquí llegado  
de Valencia hace un instante,  
con una nueva importante,  
según me ha participado.

MALEC.

En mi casa está escondido,  
aguardando la ocasión.  
Y por la gran confusión  
que en su semblante he advertido  
algún grave mal sospecho;  
aunque no me ha dicho nada,  
pues sabéis que es extremada  
la reserva de su pecho.

MULIM-ALBENZAR

Que lo más seguro es,  
pienso, el recibirlo aquí.

ZEIR.

Venga al punto, venga, sí.

MALEC.

(Receleso).

¿No fuera mejor después  
verle en mi casa, no sea  
que al atravesar la calle  
algún cristiano lo halle?

MULIM-ALBENZAR

Nada importa que lo vea  
el mismo alcalde mayor,  
pues en este Ayuntamiento  
el alfaquí tiene asiento,  
que es nuestro procurador.  
Y siendo hoy fiesta cristiana,  
los cristianos de Alajuar  
reunidos han de pasar  
en su iglesia la mañana.  
(A Malec).  
Llégate al punto por él  
y torna al momento.

MALEC.

(Abatido).

Voy  
mas de temor lleno estoy.  
¡Pobre pueblo de Ismael!

(Vase).

MULIM-ALBENZAR

Me pasma su desaliento,  
cuando jamás la fortuna  
presentó a la media luna  
tan favorable momento.  
El celo del islamismo  
inflama los corazones  
de nuestros claros varones,  
que ansían con santo heroísmo  
tantas afrentas vengar,  
y en justa y reñida guerra  
el dominio de esta tierra,  
cual valientes, restaurar.  
Alá bendice este celo  
y nuestra santa intención,  
de lo cual indicios son  
esos cometas del cielo,  
y esas voces de metal,  
que en Velilla han resonado,

y que a España toda han dado  
un desaliento mortal.  
Llegado es, sin duda, el día  
en que de Espadán la sierra  
truene, y anuncie la guerra,  
cumpliendo la profecía  
del glorioso desencanto  
de Alfatín, que en su bridón  
de esmeraldas el pendón  
alzará del orbe espanto.  
En nuestro favor hoy sopla  
el viento de la fortuna;  
contamos, sin duda alguna,  
con Francia y Constantinopla.  
Mi primo, que a Tremecén  
rige, sus naves apresta;  
la ocasión segura es ésta.  
¿Quién podrán dudarlo, quién?  
Del alfaquí las noticias...,  
¿por qué malas han de ser...?  
Yo espero, y lo vais a ver,  
que han de sernos muy propicias.

ZEIR.

Con Malec hacia aquí viene.

(Entra Malec y Abdalla, alfaquí, con barba blanca de anciano. Sobre el traje morisco-español traerá un albornoz blanco; mostrará el semblante grave y sombrío).

MULIM-ALBENZAR

(Con afecto).

¡Oh Abdalla!... Seas bien llegado...

TODOS.

(Rodeándole).

¡Oh Abdalla!...

ZEIR.

¡Cuán deseado!

MALEC.

(Aparte).

¡Qué aspecto tan triste tiene!

ABDALLA.

(Con tono solemne).

Dios es grande, Dios es grande.  
Y aquello que escrito está  
sin falta se cumplirá.

MULIM-ALBENZAR  
Cúmplase, pues, lo que él mande.

ZEIR.  
Abdalla, de tu expresión  
y de tu rostro colijo,  
y me confundo y me aflijo,  
que tus nuevas malas son.

MALEC.  
Hablad; las nuevas decid...

ABDALLA.  
Dios es grande. Reverente  
postrarse debe el creyente...

MULIM-ALBENZAR  
(Impaciente).  
Pero ¿qué nuevas...?

ABDALLA.  
Oíd.  
Noble Mulim-Albenzar  
y generosos varones,  
víctimas de los pecados  
de nuestros claros mayores,  
pero que al Profeta fieles  
y a la gloria de su nombre  
ansiáis restaurar su imperio,  
que debe regir al orbe:  
sin que desaliento siembren  
en vuestros pechos mis voces,  
atentamente escuchadlas,  
y resolved lo que importe.  
Pues tal vez, cuando más recia  
la borrasca el aire rompe,  
más cerca está la bonanza  
que en bien las desdichas torne.  
A veces quiere fortuna,  
redoblando los rigores,  
de sus predilectos hijos  
el temple y constancia noble

probar, y obstáculos nuevos  
a empresas altas opone  
adrede, porque la gloria  
de quien los vence sea doble.  
Pasé a Valencia la insigne,  
cual sabéis, con intenciones  
de recibir las respuestas  
que de la francesa corte  
y de la imperial Bizancio  
esperábamos. Y acordes  
el rey Enrico de Francia  
y el Gran Señor sus favores  
y su poderoso auxilio  
nos ofrecen.

MALEC.

Pues entonces...  
con un socorro tan grande...

ZEIR.

¿Qué habrá, di, que nos asombre?

ABDALLA.

Ved que sólo con ofertas  
ambos príncipes responden;  
con ofertas de ayudarnos  
cuando el triunfo nos corone.  
Pero nada nos envían;  
ni armas ni naves disponen  
para empezar nuestra empresa  
y romper nuestras prisiones,  
que es cuanto necesitamos  
de amigos y auxiliadores.

(Ligera pausa, en que unos muestran abatimiento y otros indignación).

Esto ya me lo temía,  
porque conozco a los hombres,  
y sé que los abatidos,  
los que en duros eslabones  
yacen, míseros esclavos,  
para dar el primer golpe  
no han de contar con más fuerzas  
ni con otros valedores  
que con las que da el despecho,  
que con los que el Cielo pone

en idénticos apuros,  
en iguales aflicciones.  
Pero no penséis, amigos,  
que el corazón me destroce  
este primer desengaño;  
ni es él, creedlo, quien pone  
nuestra causa en duro aprieto,  
pidiéndonos hoy a voces  
o resolución gallarda,  
o resignación conforme.

MULIM-ALBENZAR  
(Receloso).

Si la falta de un apoyo,  
de que tú mismo dudabas,  
no motiva el desaliento  
que se pinta en tus palabras,  
¿Cuál no previsto accidente,  
cuál nueva desdicha, Abdalla,  
esa dura alternativa  
con tal premura nos traza?  
¿Desisten las poblaciones  
de estas ásperas montañas  
(sólo casi por moriscos  
favor del Cielo habitadas)  
de dar el grito de guerra  
que ha de trastornar a España?  
¿Por ventura esos prodigios,  
que han manifestado clara  
la protección que los Cielos  
dispensan a nuestra causa,  
y que tú mismo, tú mismo,  
tan favorables juzgabas,  
se han tornado infausto agüero?  
¿Qué ocurre, pues...? Dilo, acaba.

ABDALLA.

No se ha entibiado el aliento  
que da vida a estas montañas,  
ni la decisión valiente  
que es honra de esta comarca;  
decisión y aliento santo  
de que impacientes aguardan  
su remedio los moriscos  
que pueblan la extensa España.  
He recorrido afanoso

en esta rápida marcha  
varios valles de estas sierras,  
en todos arde la llama  
del valor, y Guadalete,  
Ayora, Teresa, Ubácar,  
Navarrés, La Muela, Murla,  
que Alajuar dé el grito aguardan,  
porque en ti, Albenzar gallardo,  
se cifran sus esperanzas.  
Tampoco de mal agüero  
pueden ser las señas varias  
con que el Cielo nos anima  
y a los cristianos espanta.  
Y la aparición, sin duda,  
de Alfatín está cercana,  
pues ya de Espadán los riscos,  
según me informé, presagian  
con horrendos terremotos,  
y con voces subterráneas,  
que un gran prodigio conmueve  
sus misteriosas entrañas.

MALEC.

Pues ¿por qué, dime, te turbas...?

ZEIR.

¿Por qué, amigo, te acobardas?

ABDALLA.

Al que tiene interés grande  
en una empresa muy ardua,  
para los inconvenientes  
huye de encontrar palabras,  
y esto, amigos, me sucede.

MALEC.

Fuerza es que expliques...

MULIM-ALBENZAR

(Impaciente).

Acaba.

ABDALLA.

Al punto que entré en Valencia  
supe..., ¡ay de mí!... que llegaban  
a todas estas marinas,

cubriendo todos las playas  
de Cartagena a Tortosa,  
cuantas galeras España  
allá en Génova tenía,  
y en las costas africanas,  
y en Nápoles, y en Palermo,  
y en Puerto-Mahón, y en Palma.  
Y que numerosos tercios  
de Cataluña bajaban  
al Maestrazgo; que otros vienen  
de Portugal, y que en armas  
están cuantas tropas sirven  
al católico monarca.  
Y vi llegar de la corte,  
con despachos y con cartas  
de gran reserva, correos,  
que se esparcían en varias  
direcciones, derramando  
ciego terror, muda alarma,  
sin que el fin se trasluciese  
de prevenciones tan cautas.  
Y de Salazar el conde,  
varón de regia prosapia,  
de carácter inflexible,  
cuyo valor y arrogancia  
son patentes, como el odio  
que profesa a nuestra raza,  
llegó a Valencia ha dos días,  
con la investidura sacra  
de supremo comisario  
del rey. Y al punto en su alcázar  
reunió el cabildo, el acuerdo,  
el tribunal de la infausta  
Inquisición, los maestros  
de los tercios y otras varias  
personas de gran valía,  
de nobleza y de importancia.  
Y allí se instaló un Consejo,  
que empezó a obrar sin tardanza  
reasumiendo autoridades  
y facultad soberana  
compuesto del mismo conde,  
que lo preside y lo manda:  
del marqués de Caracena  
visorrey, del patriarca,  
del comendador mayor

de Castilla en Calatrava  
y del valiente Mexía,  
general de ilustre fama.  
Y al publicarse estos nombres  
y el gran poder que formaban,  
las tropas aparecieron  
con pendones y con armas,  
con mechas la artillería,  
y se alzó la horca en la plaza.  
El pueblo quedó confuso,  
la ciudad toda aterrada,  
los ánimos abatidos,  
sin que nadie penetrara  
de tal trastorno el objeto,  
de tanto apresto la causa.  
Cuando al sonar mediodía,  
aquí el aliento me falta,  
desprendióse el rayo ardiente  
de la nube encapotada;  
vomitó el volcán oculto  
sus asoladoras llamas;  
lanzó aquel mar borrascoso  
el monstruo de sus entrañas  
contra cuantos descendemos  
de la estirpe musulmana.

MALEC.

¡Cielos!... Más ¿cómo?...

ZEIR.

¿Qué dices?

MULIM-ALBENZAR

Dejémosle hablar. Acaba.

ABDALLA.

Publicóse por Valencia  
con repique de campanas,  
con gran clamor de clarines,  
con ronco estruendo de cajas,  
con nunca visto aparato,  
con solemnidad extraña,  
bando de exterminio y muerte  
contra la morisca raza.

(Profunda sensación en todos los moriscos).

MALEC.  
¡Qué horror!

ZEIR.  
¡Qué crueldad! ¡Oh cielos!

MALEC.  
De nuestros planes la trama  
se ha descubierto, no haya duda.  
¿Cómo el secreto...?

MULIM-ALBENZAR  
(Suspenso).  
No faltan  
nunca traidores, y alguno  
vendió su fe. Pero, Abdalla,  
ese bando que escuchaste,  
esa tremenda ordenanza  
¿no será un amago sólo,  
una impotente amenaza?  
¿No será trueno sin rayo,  
cual lo ha sido veces tantas?

ABDALLA.  
Ahora juzgo que no hay medio  
de conjurar la desgracia.  
En término de dos meses  
no ha de quedar en España  
ni un morisco. El duro bando  
salir al punto nos manda  
de esta deliciosa tierra,  
que al cabo llamamos patria,  
nuestras haciendas vendiendo  
y dejando nuestras casas.  
Y que seamos conducidos,  
¡fiero rigor!, entre armas,  
cual míseros delincuentes  
y sin que excepciones haya,  
a los más cercanos puertos,  
en donde están preparadas  
naves, en que almacenados  
nos conduzcan sin tardanza,  
ni más amparo que el Cielo,  
a las berberiscas playas.  
Y pena de muerte impone

la tiránica ordenanza  
al que se esconda o excuse  
un punto cumplimentarla.  
Y también pena de muerte  
al cristiano que intentara  
darnos amistoso auxilio  
o el amparo de su casa.

MALEC.

¡Oh desdicha!... ¡Oh suerte horrenda!

ZEIR.

¡Oh furor!

MULIM-ALBENZAR

Me ahoga la rabia.

¿Mas tendrá efecto tal orden?

Di: ¿podrá tenerlo, Abdalla?...

ABDALLA.

El aparato solemne  
con que ha sido decretada,  
esos tercios, esas naves,  
y el ser quien de ella se encarga  
el conde de Salazar,

cuyo tesón y arrogancia  
son proverbiales, afirman  
que es cierta nuestra desgracia.

Cuando salí de Valencia,  
abatida y aterrada,

ya diversos comisarios  
con tropas se preparaban  
a esparcirse en el momento  
por todas estas comarcas  
a dar cumplimiento al bando  
con celeridad extraña.

Ved, ¡ay!, cuántas vejaciones  
a un tiempo nos amenazan.

La menor es el destierro.

Más duras y más amargas  
hemos de apurar..., ¡ay tristes!

Amigos, consideradlas.

(Muestran todos gran abatimiento).

Ya tal vez por el camino  
viene, y llegará mañana  
en medio del aparato

de arcabuces y de lanzas,  
el que robe nuestros bienes,  
el que manche nuestras famas  
y nuestra honra en las personas  
de hijas, esposas y hermanas;  
el que nuestros tiernos hijos  
nos arranque con las almas.  
El que, en fin, harto de horrores  
nos saque de nuestras casas  
abrumados de cadenas,  
ludibrio de infiel canalla,  
y nos conduzca a esas naves  
para alejarnos de España.  
Ver si con razón me aflijo;  
ved, pues, si queda esperanza.

#### MULIM-ALBENZAR.

(Con desesperada resolución, quitándose el sombrero).

Sí queda, ¡voto a Alá! Queda la muerte,  
que es preferible a tanta desventura,  
y arrostrar con valor el trance fuerte,  
alarde haciendo de marcial bravura.  
Triunfar acaso logran de la suerte  
más lamentable, embravecida y dura  
un noble arrojo, un generoso pecho  
y aquel santo furor que da el despecho.  
No presentéis cobardes la garganta  
al cuchillo, cual tímidos corderos.  
En tanto apuro, en desventura tanta,  
vuestro antiguo valor cobre sus fueros,  
y si el cristiano la soberbia planta  
en la noble cerviz ha de poneros,  
antes se anegue en un sangriento lago,  
y el triunfo compre con su propio estrago.  
Resuene en Alajuar el santo grito,  
y ecos encontrará por toda España.  
De los nuestros el número infinito  
arde hace tiempo en vengativa saña.  
Este horrendo rigor tan inaudito,  
esta persecución nueva y extraña  
apresure el trazado movimiento;  
sea la señal del súbito alzamiento.  
Sí, nobles y oprimidos musulmanes,  
que de España os llamasteis los señores:  
tengan honroso fin nuestros afanes,  
digno de nuestros ínclitos mayores.

Tremolada en guerreros tafetanes  
torne a esparcir gloriosos resplandores

(Agita el sombrero y les señala en él la media luna de paño azul).

esta luna sin luz, marca hoy de afrenta,  
que esclavitud y oprobio representa.  
(Agitación general).

Tal vez, y con razón, el Cielo airado  
de ver que nuestra empresa se retarda,  
excitar de este modo ha decretado  
nuestra resolución firme y gallarda.  
Al fuego del valor desesperado  
la España toda se confunda y arda,  
o el dominio, o la muerte en esta tierra.

TODOS.

(Con gran entusiasmo).

¡Viva, viva Albenzar! ¡Venganza y guerra!

MULIM-ALBENZAR

(Con dignidad y entereza).

Basta. Ese grito heroico descendientes  
de abuelos tan preclaros os pregona.  
Que otra vez el valor de los creyentes  
desde Cádiz se extienda a Barcelona,  
o en la honrosa demanda, cual valientes  
pereciendo, logremos la corona  
con que nombre inmortal sólo se alcanza.

TODOS.

¡Viva, viva Albenzar! Guerra y venganza.

ABDALLA.

(Con fervor).

Bendito por siempre Alá,  
y el Profeta sea bendito,  
que os inspiran ese grito,  
que de victoria será.  
Cesó ya mi abatimiento,  
pues nacía de temer  
que iban mis nuevas a ser  
para vos de desaliento.  
Mas si produjeron ya  
tan noble resolución,  
dichosa fue mi misión.

TODOS.

¡Bendito por siempre Alá!

MULIM-ALBENZAR.(

Calándose el sombrero y con tono de autoridad y de mando).

Pues, amigos, no perdamos  
en acción tan importante  
tiempo alguno, y al instante  
a ponerla en obra vamos.

El castillo que campea  
en ese cerro plantado,  
aunque está desmantelado  
nuestro firme apoyo sea.

Malec, sin perder momentos  
ocúpalo con tu gente  
y apresta lo conveniente  
de armas y de bastimentos.

Yo tengo oculto un cañón  
que a sus muros subirá,  
y en ellos tremolará  
nuestro lunado pendón.

A su abrigo conduzcamos  
viejos, niños y mujeres,  
nuestros tesoros y haberes,  
que así más sueltos quedamos.

Con seis jinetes, Zeir,  
de Valencia has de guardar  
el camino, sin dejar  
a nadie, a nadie, venir,  
como no sean moriscos,  
que a su santo rito fieles,  
vengan a coger laureles,  
en estos pelados riscos.

En Alajuar sin recato  
la alarma se esparza luego,  
truene el escondido fuego,  
y que se toque a rebato.

Armas tenemos sobradas,  
y municiones también;  
en un oculto almacén  
tengo cien picas guardadas,  
arcabuces y ballestas,  
adargas y coseletes,  
dos montados falconetes,  
pólvora y balas dispuestas.

Tú, Abdalla, al punto has de ir  
a dar de la guerra el grito  
por los pueblos del distrito,  
y su aliento a dirigir.  
Las vecinas poblaciones  
su juventud sin tardar  
nos envíen a engrosar  
nuestras filas y escuadrones.  
En Ayora y Navarrés  
los castillos se provean,  
y bien guarnecidos sean,  
que importante cosa es.

MALEC.

¿No fuera bueno empezar  
dando fin de los cristianos,  
que, aunque pocos, tan ufanos  
se Ostentan en Alajuar?

MULIM-ALBENZAR

(Con autoridad).

No, Malec. Tú mismo dices  
que son pocos, y temor  
no dan a nuestro valor.  
¡Qué pueden los infelices!  
Huirán al punto de aquí,  
y marchar los dejaremos.  
Con noble gloria empecemos  
nuestra santa empresa, sí.

ZEIR.

Pero al alcalde mayor  
es necesario prender.

MULIM-ALBENZAR

¿Qué puede un anciano hacer?  
Lanzarle será mejor.

ABDALLA.

Mas es forzoso, Albenzar,  
que forastero cualquiera  
que hoy llegue a la villa, muera,  
para el golpe asegurar.  
Cual dije, a dar cumplimiento  
al bando terrible, varios  
alcaldes y comisarios

de Valencia en el momento  
iban, no hay duda, a salir.  
Y el que a nuestra villa venga  
fuerza es que la muerte tenga,  
si es que hemos de resistir.

MULIM-ALBENZAR  
Eso es justo. El forastero  
que ose venir a Alajuar,  
si es cristiano, ha de encontrar  
la muerte en mi propio acero.  
Vamos, pues.

TODOS.  
¡Venganza o muerte!

MALEC.  
Vamos, pues.

TODOS.  
¡Guerra y venganza!

MULIM-ALBENZAR  
Probemos adónde alcanza  
nuestra venturosa suerte.

### *ESCENA III*

Sala baja de la casa de MULIM-ALBENZAR, y salen FELISA, MARÍA y CORBACHO

FELISA.  
Dejémosle reposar,  
pues que se durmió tranquilo.

MARÍA.  
Tengo, ¡ay!, el alma en un hilo,  
temiéndome algún pesar.  
De tal susto y de caída  
tan espantosa y terrible  
parece cosa imposible  
haber salido con vida.  
Y malas resultas temo,  
aunque esté tan sosegado.

FELISA.  
Debiera haberse sangrado.

MARÍA.  
Lo resiste con extremo.  
Ya ves que ni aun ha querido  
almorzar.

FELISA.  
Mas se durmió.

CORBACHO.  
Pues almorzar quiero yo,  
que, a Dios gracias, no he caído.

MARÍA.  
¿Conoces ahora, ama mía,  
si es leal mi corazón,  
y si dije con razón  
que don Fernando vendría?  
¿Conoces ya cuán cabal  
es mi amante?... Loca estoy;  
mas esta dicha de hoy,  
debiendo ser sin igual,  
me la tiene acibarada  
de su salud el cuidado,  
y el modo tan desastrado  
con que ha sido su llegada.  
Que es mal agüero, en verdad.

FELISA.  
Yo tal agüero no hallo.  
Que se desboque un caballo  
es tina casualidad.

MARÍA.  
Y dime, Corbacho amigo:  
¿se ha acordado tu señor  
mucho en Flandes de mi amor?

CORBACHO.  
Como constante testigo  
de cuanto hace, dice y piensa,  
puede mi fe asegurarte  
que vive para adorarte,  
y que jamás te hizo ofensa.

Eres tú su único afán  
y su solo pensamiento.  
Por ti anda papando viento,  
hecho un pelele, un bausán.  
En el campo, en el cuartel,  
en la villa, en el camino,  
siempre el mismo desatino  
por ti he descubierto en él.  
Y dormido te nombraba,  
y parece que, no había  
más nombre que el de María,  
pues a todo lo encajaba.  
¿Y al venir? ¡Oh santo Cielo!  
¡Qué jornadas!... ¡Qué impaciencia!  
¡Qué madrugar!... ¡Qué demencia!  
En fin, a ti misma apelo,  
porque más precipitado,  
ni, por desdicha, más listo,  
estoy cierto que no has visto  
llegar a otro enamorado.

MARÍA.

Felisa, soy, venturosa.

FELISA.

(Con melancólica expresión).

Quiéralo el Cielo, María.

MARÍA.

¿Y lo dudas?...

FELISA.

¡Hija mía?

MARÍA.

¿Qué te tiene recelosa...?

FELISA.

Nada. Sabes el desvelo  
con que amante te crié,  
y que siempre pediré  
que te haga dichosa al Cielo.

MARÍA.

(Abrazándola con ternura).

Lo sé, y que cuando perdí

mi buena madre al nacer,  
Dios me concedió el tener  
otra tierna madre en ti.

FELISA.  
(Profundamente conmovida).  
Mil veces te he repetido  
que tu origen...

MARÍA.  
(Interrumpiéndola con viveza).  
Basta; no.

CORBACHO.  
Almorzar quisiera yo,  
que, a Dios gracias, no he caído.

MARÍA.  
Dice bien. Anda, Felisa,  
y dejemos a la suerte...

FELISA.  
Hija, voy a obedecerte.  
Tu padre viene, y de prisa.

(Vase con Corbacho).

MARÍA.  
Como con tanta amistad  
y cariño a don Fernando  
trató mi buen padre cuando  
pasó aquí la enfermedad,  
y aquel favor le debimos  
con el duque de Gandía  
cuando por la gran sequía  
tanto ganado perdimos,  
con gran gusto va a saber  
que a vernos ha regresado.  
Mas ¡cielos!... ¡Qué demudado  
llega!... ¡Qué podrá tener...?  
(Mirando a la puerta).  
Con ese infame alfaquí  
se ha parado en el pontón.  
¡Qué aspecto!... ¡Oh Dios! ¡Qué expresión!...  
Me causa espanto... ¡Ay de mí!  
Mas ya viene.

(Sale Mulim-Albenzar, receloso, pensativo y agitado, y como hablando consigo mismo. María le sale al encuentro con inocente alegría).

¡Padre mío!

MULIM-ALBENZAR

Fátima...

MARÍA.

(Con presteza).

¡Padre!... María.

MULIM-ALBENZAR

(Indeciso).

No..., que ya ha llegado el día...

MARÍA.

(Apresurada).

Dejad ese desvarío. Sabed.

MULIM-ALBENZAR

(Con sobresalto).

¿Qué...? Di...

MARÍA.

Que ha llegado...

MULIM-ALBENZAR

¿Quién, quién? Dime...

MARÍA.

El caballero

que hace un año, un mes entero  
tuvimos aquí alojado.

El que nos recomendó  
al duque con celo tal  
que todo nuestro caudal  
por su influjo se salvó.

MULIM-ALBENZAR

(Con muestras de sorpresa y de confusión).

¿Quién...? ¿El señor don Fernando?

MARÍA.

El mismo.

MULIM-ALBENZAR

(Agitadísimo).

¿Ha llegado hoy...?

MARÍA.

Una hora habrá.

MULIM-ALBENZAR

Muerto estoy,

¡oh cielos!... Y dime: ¿cuándo...?

MARÍA.

(Turbada).

Después de la primer misa  
fuíme a la cercana fuente,  
cual tu amor me lo consiente,  
con mi buen ama Felisa.

Y un caballo y caballero  
despeñados vi cruzar  
el monte, viniendo a dar  
cerca de un despeñadero.

De susto me desmayé,  
y cuando a alentar volví,  
sin lesión cerca de mí  
a don Fernando encontré.

Era él, que se había caído,  
y por milagro patente  
de riesgo tan inminente  
sano y salvo había salido.

Pero con el golpe y susto  
estaba tal, que creí  
que al punto traerlo aquí  
fuera, señor, darte gusto.

(Con timidez).

Perdóname si hice mal.

Como tan alto favor  
e debemos...

MULIM-ALBENZAR

(Aparte).

¡Oh rigor!...

¡Oh compromiso infernal!

(Alto, con firmeza).

¿Está en casa?

MARÍA.

Sí... Durmiendo.

MULIM-ALBENZAR

(Fuera de sí).

¡Infeliz!... ¡Terrible suerte!  
Ha venido a hallar la muerte,  
y yo..., ¡destino tremendo!

MARÍA.

(Asustada).

¡Padre mío!... ¡Oh confusión!

MULIM-ALBENZAR

(Precipitado).

Dime: ¿le han visto llegar...?

MARÍA.

Todo el pueblo de Alajuar.

MULIM-ALBENZAR

¡Oh desdicha!..., ¡oh perdición!

Riesgo corre su persona  
si sospechan... Yo el primero  
ofrecí que con mi acero...  
¿Y perderé una corona...?  
(Resuelto).

No, es cristiano, es enemigo...

(Saca un puñal).

MARÍA.

(Consternada y deteniéndolo).

¡Padre..., esa furia templad!  
¿La santa hospitalidad  
a un protector, a un amigo  
dada, violaréis?

MULIM-ALBENZAR

¡Ay Dios!

MARÍA.

¿Un Albenzar eso piensa?  
¿Y por qué?... ¿Cuál es la ofensa?  
Volved por vos mismo en vos.

MULIM-ALBENZAR

(Confundido).  
Hija mía..., se aventura...

MARÍA.  
(Con vehemencia).  
Y qué, ¿vos, señor, seréis  
asesino, y mancharéis  
vuestra sangre?

MULIM-ALBENZAR  
(Resuelto y como volviendo en sí de un delirio).  
Quede pura.  
(Guarda el puñal).  
Don Fernando viva, sí.  
Sin un instante perder  
huya. Ni yo he de saber  
que un momento ha estado aquí.

MARÍA.  
Mas ¿por qué? ¡Padre! ¡Señor!

MULIM-ALBENZAR  
(Con viveza).  
El pueblo airado a matarle  
vendrá muy pronto, y salvarle  
no podré de su furor.

MARÍA.  
¿Por qué?  
(Suenan dos tiros).

MULIM-ALBENZAR  
(Sobresaltado).  
¿No escuchas?

MARÍA.  
(Asustada).  
¿Qué es esto?

MULIM-ALBENZAR  
(Precipitado).  
Que hoy la morisca nación  
va a vengar tanta opresión  
en que el cristiano la ha puesto.  
Que hoy va a decidir la suerte  
de nuestra varia fortuna,

y a alzarse la media luna  
por lograr...

VOCES.

(Dentro, a lo lejos).  
¡Venganza o muerte!

MULIM-ALBENZAR

(Agitado).  
Corre... Mancharme no quiero  
la hospitalidad hollando.  
Sálvese... Huya don Fernando.  
Líbrame de un crimen fiero.

MARÍA.

(Afligida).  
Su caballo está rendido.

MULIM-ALBENZAR

(Apresurado).  
Que tome mi yegua pía,  
que a los vientos desafía,  
y por el cercado ejido  
vuele y salga de esta tierra  
sin acercarse a poblado,  
pues en toda ella está alzado  
pendón de...

VOCES.

(Dentro, cerca).  
¡Venganza y guerra!

(Suena redoble de tambores. Entran muy asustados Corbacho y Felisa).

FELISA

¡Hija del alma!... ¡Qué miedo!  
El pueblo todo... ¡Ay señor!...  
Al viejo alcalde mayor...  
¡Ay Jesús!... Hablar no puedo.

MULIM-ALBENZAR

¿Qué dices?

FELISA.

Yo no lo sé.

CORBACHO.

Un infierno es el lugar.  
Me quedé sin almorzar.

FELISA.

Las vecinas dicen que...

(Suenan voces, tambores y trompetas).

MULIM-ALBENZAR

(Con gran inquietud).

¡Hija mía..., corre, vuela!

Sálvese ese caballero...

Mis caballos, mi dinero.

¡Pronto, y con grande cautela!...

(Vase María).

CORBACHO.

Serio este negocio va.

(Vase).

FELISA.

El perro del alfaquí  
corre pálido hacia aquí.

(Vase).

MULIM-ALBENZAR

¡Cielos!... ¿Si se salvará?

(Entra Abdalla precipitado).

ABDALLA.

¡Ay!, todo está perdido  
si no calmas al pueblo enfurecido,  
que en aqueste momento despedaza  
al alcalde mayor en esa plaza,  
donde la airada muchedumbre crece.  
y brama, y armas busca, y se enfurece,  
pidiendo en, alto grito por venganza  
de los cristianos todos la matanza.  
Y un rumor ha corrido  
de que en tu casa tienes escondido...

MULIM-ALBENZAR

(Interrumpiéndole con viveza y enojo).  
Que haya concierto y orden interesa  
si se ha de conseguir tan alta empresa.  
Vamos, amigos, vamos,  
y ese ardor y ese aliento dirijamos.

(Vanse. Suena ruido de voces, de tambores, trompetas, tiros y campanas).

## JORNADA SEGUNDA

### *ESCENA I*

Representa una habitación interior del antiguo castillo de Alajuar; tendrá una ventana practicable que da al monte. A un lado se verán armas y municiones: al otro, un lecho de damasco, varios sillones antiguos y un bufete, Aparece María, sentada y pensativa

MARÍA.

¡Cielos!..., Felisa no viene,  
y al verme en esta mansión  
tan sola, mi corazón  
un monte sobre sí tiene.  
(Se levanta y se asoma a la ventana, y dice desde ella:)  
Nada veo, no oigo nada.  
Nadie descubro en la sierra.  
Sin duda alguna la guerra,  
¡plegue a Dios!, está acabada.

(Se retira de la ventana, vuelve al centro de la escena y se pasea inquieta).

En tan ciego desconcierto,  
en tan borrascoso mar,  
¿dónde puedo luz hallar?  
¿Dónde se me ofrece un puerto?  
Sólo desastres advierto,  
hallo sólo confusión  
cuando quiere mi razón  
anhelosa descubrir  
el probable porvenir  
de tan dura situación.  
Si han los moriscos triunfado  
en su intento criminal,

yo cristiana, yo leal,  
¿puedo quedar a su lado?  
¿A mi padre coronado  
veré, y ser restaurador  
de la impiedad, del error,  
siendo fiel..., siendo cristiana...?  
Dadme, ¡oh Virgen soberana!,  
en tal conflicto favor.  
Y si la justicia santa  
de Dios prepara el castigo  
a este bando, ¿qué enemigo  
contra su ley se levanta?  
Si confunde audacia tanta,  
y en cadalso inicuo y vil  
paga la raza gentil  
el crimen de rebelión,  
¿yo... a mi padre...? El corazón  
se me hace pedazos mil.  
(Pausa).

Aunque morisca, abrigando  
tan noble sangre, podía  
esperar ser algún día  
la esposa de don Fernando.  
Mas ya..., ¡infeliz!... ¿Cómo o cuándo  
de un musulmán, de un traidor,  
o vencido o vencedor,  
pudiera esperar la hija  
que para esposa la elija  
un castellano señor?  
¡Ay!... Al conseguir mi anhelo,  
en el venturoso instante  
en que tornaba mi amante  
a coronar mi desvelo,  
la hermosa luz de aquel cielo  
negra nube me robó,  
y esta borrasca tronó,  
que del solio del sol mismo  
en tan espantoso abismo  
mis dichas precipitó.  
¡Mísera!... ¡Desventurada!  
¡Con qué instinto tan certero  
tuve por de infausto agüero  
de mi amante la llegada!  
Ya seré de él detestada.  
Sí; su conciencia, su honor  
le harán mirar con horror

mi raza; y ha de anhelar,  
combatiéndola, expiar  
haberme tenido amor.  
Sólo un camino me queda  
en tan angustioso apuro,  
y lo seguiré, lo juro,  
en cuanto seguirlo pueda.  
Dios piadoso me conceda  
su favor, y buscaré  
un claustro, donde hundiré  
esta vida sin ventura,  
y en donde conserve pura  
mi lealtad, mi honra y mi fe.

(Queda en profundo abatimiento, del que la saca repentino y lejano rumor de tiros y de cajas).

¿Qué escucho...? ¿Nuevo rumor...?  
Todo estaba hace un momento  
tranquilo.

(Corre a la ventana y continúa desde ella mirando a una parte y otra).

Gran movimiento  
observo ya en rededor.  
Crece el estruendo a lo lejos,  
y de armados escuadrones  
los yelmos y los pendones  
deslumbran con sus reflejos.  
Van por aquella ladera  
tropas... ¡De mi padre son!  
¡Cielos!... Nueva confusión  
de mi pecho se apodera.  
Mas ¿qué miro...? De la villa  
nubes espesas de humo  
se levantan a lo sumo:  
espantoso incendio brilla.  
A este castillo, azoradas,  
las mujeres, que han bajado  
al lugar abandonado,  
regresan precipitadas.  
Y mi buen ama Felisa...  
Allí viene; sí, ella es.  
(Agitando un pañuelo y en alta voz:)  
Ama mía, corre, pues.  
Yo te aguardo..., date prisa.

(Se retira de la ventana. Entra Felisa, muy fatigada y despavorida con una gran cesta llena de ropa y la pone sobre el bufete).

MARÍA.  
(Abrazándola).  
¡Ama mía!

FELISA.  
¡Hija del alma,  
hija mía, vengo muerta!  
El retirarse las tropas  
fue, sin duda, stratagema,  
para coger en celada  
a los moriscos dispuesta.  
Y Dios sabe los peligros,  
los afanes y las penas,  
que a nosotras, infelices,  
su cólera nos reserva  
por mantenernos con ellos  
en tan inicua revuelta.

MARÍA.  
Pero ¿qué es esto?

FELISA.  
María,  
mis labios a hablar no aciertan,  
que de terror y cansancio  
vengo que respiro apenas.  
Después de tan largos días  
de afanes y de miserias,  
de zozobras y de angustias,  
al ver hoy a la primera  
luz que las cristianas tropas  
se retiraban con priesa,  
abandonando la villa,  
fui, cual viste, con diversas  
personas a ver si acaso  
de nuestras casas desiertas  
algo aun salvarse podía,  
trayendo a esta fortaleza  
los víveres necesarios,  
y que ya tanto escasean.  
Llegar logré a nuestra casa,  
desmantelada y abierta,

donde sólo hallé destrozos,  
proprios de tan cruda guerra.  
Bajé, sin embargo, sola  
con una luz a la cueva,  
y el depósito hallé intacto  
de ropas y de preseas,  
que al abandonar la villa  
escondimos en la tierra,  
y de él traigo cuanto pude  
recoger en esta cesta.  
Entré a ver si algo quedaba  
en la robada despensa,  
cuando estruendo repentino  
de cajas y de trompetas  
me asaltó. Salgo a la calle  
y cruzar miro por ella  
a todas cuantas mujeres  
como yo a dar una vuelta  
a sus casas habían ido,  
gritando: «¡Traición! ¡Sorpresa!  
Y todas, como rebaño  
que huye de voraces fieras,  
corrimos a refugiarnos  
a estas murallas, y apenas  
tuvimos tiempo. Las tropas  
del rey en la villa entran  
de nuevo, y, según he visto  
desde esas cercanas cuestas  
dando a su justa venganza  
atroz principio, la incendian.

MARÍA.

¿Y dónde mi padre...?

FELISA.

Estaba  
con los suyos allí cerca,  
y voló como valiente...  
(Rumor lejano de cajas y de tiros).  
Y empeñada la pelea...,  
sin duda... ¿No escuchas?...?

MARÍA.

(Asustada).

¡Ama!

FELISA.

¡Hija del alma! Si hubieras,  
cual te aconsejé, dejado  
a esta canalla perversa  
y fugádote conmigo a un convento,  
donde conmigo...

MARÍA.

(Afligida).

Ama, cesa;  
no me destroces el alma.  
¿En desgracia tan horrenda  
abandonar yo a mi padre...?

FELISA.

(Desconcertada).

¿A tu padre...? Me atraviesas  
el corazón..., ¡desdichada!  
¡Tu padre!...

(Suenan unos cañonazos a lo lejos).

MARÍA.

(Aterrada).

¿Oyes...?

FELISA.

Sí.

MARÍA.

Se acerca  
el estruendo de las armas.  
(Corre a la ventana).  
¡Ay Dios!... Ya vuela en pavesas  
la villa toda... A esta parte  
es la espantosa pelea...;  
mas sus horrores me ocultan  
esas elevadas peñas.

FELISA.

¡Ay!... Retírate, María;  
por la ventana pudiera  
alguna perdida bala,  
alguna veloz saeta...

MARÍA.

¡Ojalá!..., ¡Dios mío!

FELISA.

(Retirándola de la ventana).

Vente.

MARÍA.

(Llorando).

¿Y mi padre...?

FELISA.

(Muy agitada).

Calla, cesa;

yo de todas tus desgracias

soy la sola causa, y sea

la sola en quien el castigo

caiga de Dios.

MARÍA.

(Consternada).

¡Ama!

FELISA.

(Abrazándola).

¡Oh prenda

de desventura!... ¡Hija mía!

Correr hoy tu suerte adversa

es mi obligación. Cristiana

y española, no debiera

encontrarme en esta causa

de los moriscos envuelta.

Mas si tú lo estás, María,

que yo lo esté el Cielo ordena

porque con el Cielo tengo

por ti una terrible deuda,

y que abrazada contigo

la pague yo..., ¡ay triste!..., es fuerza.

MARÍA.

(Confusa).

No te entiendo.

FELISA.

Ni es posible

el que tú entenderme puedas.

(Queriendo cambiar enteramente de conversación y mudando de tono).

Lo mejor se me olvida  
con tantos sustos y penas:  
cuando bajaba a la villa,  
al llegar sola a las huertas,  
escuché que me nombraron,  
y de terror quedé yerta.  
Paréme, y en el momento  
delante se me presenta,  
saliendo de los vallados  
que allí el callejón estrechan,  
un soldado. Y al instante  
reconocí con sorpresa  
que era Corbacho.

MARÍA.  
(Sobresaltada).  
¿Quién dices?  
¿Quién dices, Felisa, que era?

FELISA.  
Corbacho, que al saludarme,  
oyendo otras voces cerca,  
tiró a mis pies esta carta,  
(Saca una carta del pecho).  
huyó a esconderse a gran priesa,  
y salvando los tapiales  
despareció.

MARÍA.  
(Tomando la carta).  
¿Ni siquiera  
le preguntaste...?

FELISA.  
Hija mía,  
ni acerté a mover la lengua,  
ni tuve tiempo: llegaba  
gente por la misma senda,  
y hallarme con él hablando  
causara grandes sospechas.  
un relámpago fue todo;  
la aparición y la ausencia.  
Mas la carta...

MARÍA.

(Turbada).

¡Ay ama mía,  
mi mano al abrirla tiembla.  
Toda está escrita con lápiz  
y dice de esta manera:

(Lee).

«Si eres cristiana, María,  
y si me tienes amor,  
huye al punto con valor,  
ven a ser la esposa mía.  
Estoy de ti muy cercano,  
en esta sierra encubierto,  
donde no me ha descubierto  
ni morisco ni cristiano.  
Y con impaciencia espero  
el que vengas, amor mío,  
y porque verte confío  
de pena aquí no me muero.  
De esta carta el portador  
a traerte salva se obliga.  
Haz sin susto lo que él diga;  
vente a coronar mi amor».

(Representa).

¡Cielos!... ¡Cielos!... ¿Don Fernando  
de este castillo tan cerca?  
¿Y esperándome...?

FELISA.

(Enajenada).

María,  
ni un solo instante se pierda...  
Ahora mismo... El Cielo santo,  
piadoso, al fin, nos presenta  
el remedio.

MARÍA.

(Dudosa).

Pero ¿adónde,  
dónde está Corbacho...? Venga.  
Sin él no es posible, amiga...  
Tal vez aun allí te espera,  
y acaso...

FELISA.  
(Resuelta).  
Tornaré al punto...

(Va a marchar, y se detiene sorprendida por el ruido de un cañonazo y rumor de armas).

MARÍA.  
¡Imposible!

FELISA.  
En cuanto venga  
la noche... Si don Fernando  
está, cual dice, tan cerca;  
si Corbacho entre las tropas  
vigilante anda y alerta,  
no nos faltará un momento...

MARÍA.  
(Abatida).  
Dios sabe... Esa lid horrenda  
que está empeñada..., ¡ay Felisa!,  
deshará tal vez... Me inquieta  
nuevo terror... Si mi padre  
herido a mis brazos llega,  
¿cómo podré?

FELISA.  
(Interrumpiéndola con vehemencia).  
De Dios hija  
eres primero; y si alientas  
su fe santa, que te salves  
donde su culto mantengas  
y que huyas de este recinto  
do tu nombre se blasfema  
donde su ley se escarnece  
con voz de padre te ordena.

MARÍA.  
(Con resolución precipitada).  
Pues ahora mismo, ama mía,  
vamos, y en sus manos puestas...

FELISA.  
Si salir fuese posible,  
y en lo áspero de estas sierras  
escondernos...

MARÍA.  
¿Y Corbacho?

FELISA.  
Yo esta noche...  
(Voces y rumor cercano de armas).

MARÍA.  
(Mirando adentro).  
Escucha..., espera.  
¿Qué es lo que veo? ¡Mi padre!  
¡Virgen santa!... ¡Oh Dios, cuál llega!  
Cadáver ¡ay yo, infelice!  
que sus amigos rodean.

(Sale Mulim-Albenzar, herido y ensangrentado en brazos de moriscos, que le colocan en el lecho).

MARÍA.  
(Arrojándose a su padre en el mayor desconsuelo).  
¡Padre!... ¡Padre!

MULIM-ALBENZAR  
Moriscos,  
nada importa mi muerte.  
Vuestro valor coronará la suerte  
si defendéis constantes estos riscos  
cual fieles mahometanos.  
Ved cómo los cristianos  
necesitan de engaños alevosos  
para verse un instante victoriosos.  
De este castillo en el sagrado muro,  
firme cimiento de un poder futuro,  
se estrelle en este día  
su impotente furor y alevosía.  
Acatad la bandera  
de Fátima, de mi hija y heredera,  
que yo dichoso muero,  
cual noble caballero,  
por mi fe y mi nación.

MARÍA.  
(Ahogada de dolor).  
¡Padre!

MULIM-ALBENZAR

(Echándole los brazos al cuello).

¡Hija mía!,

no lamentes, mi bien, la suerte mía

si es morir en tus brazos.

MARÍA.

(Cayendo de rodillas junto al lecho).

¡Ay!..., tengo el corazón hecho pedazos.

MULIM-ALBENZAR

(En tono solemne, incorporándose).

En ti mí sangre arda.

Este castillo valeroso guarda,

mira que es de tu trono el fundamento,

trono que tú has de alzar con noble aliento.

MARÍA.

¡Padre!..., fuiste cristiano...

tiempo es que como tal...

MULIM-ALBENZAR

(Esforzándose).

¡Nunca! Testigo

de que siempre he vivido mahometano

el gran Profeta sea,

y hoy a su lado en el Edén me vea.

MARÍA.

(Consternada).

¡Padre..., padre!... El castigo

teme de Dios.

MULIM-ALBENZAR

(Encolerizado).

¿Y me hablas cual cristiana?

MARÍA.

Lo soy de corazón.

MULIM-ALBENZAR

(Furioso).

Yo te maldigo.

Ser mi sangre no puede quien tal dice.

(Cae desmayado).

FELISA.  
(Retirándose horrorizada).  
La hora es de la verdad.

MARÍA.  
¡Ay yo, infelice!

(Suena un cañonazo cerca, tambores y ruido de armas, y sale Abdalla apresurado).

ABDALLA.  
Malec: nos ha vendido,  
¡oh vil traición!, ¡oh infame alevosía!  
Un escuadrón cristiano, que escondido  
quedó en la selva umbría,  
en tanto que fingiendo  
el grueso de las tropas que iba huyendo,  
nuestra atención llamando  
hacia la villa, fuese apoderando,  
de acuerdo con Malec, ¡traición villana!,  
del foso y barbacana,  
y entrando sin rumor por un portillo,  
siembra terror y muerte en el castillo.  
Todo es sangre y estrago.

VOCES.  
(Dentro).  
¡Santiago!... ¡Santiago!

OTRAS.  
(Dentro).  
¡Viva la fe, y el rey Felipe viva!

MULIM-ALBENZAR  
(Arrojándose del lecho y reuniendo sus últimos esfuerzos).  
No, que aun aliento yo. ¡Fieles, arriba!  
(Le rodean y sostienen todos).

ABDALLA.  
¿Dónde vais, infeliz...?

MULIM-ALBENZAR  
(Desmayado).  
A que la muerte  
con la espada en la mano,  
cual rey..., cual mahometano...

(Cae al suelo).

VOCES.

(Dentro).

¡Viva la fe! ¡Victoria por España!

ABDALLA.

(Aterrorizado).

Huyamos, ¡ay!, la saña  
del fiero vencedor.

MULIM-ALBENZAR

(Ahogado).

¡Oh rabia!... Muero  
como fiel musulmán.

(Muere).

MARÍA.

(Abrazando el cadáver).

¡Qué horror!...

ABDALLA.

Huyamos,

¡tremendo día!, del cristiano acero,  
si es que aun camino de salud hallamos.

(Vanse todos, y queda María teniendo en sus brazos el cadáver de Albenzar, y Felisa a un lado de la escena).

VOCES.

(Dentro).

¡Viva la fe y el rey Felipe!

OTRAS.

(Dentro).

¡Vea  
hoy su exterminio la infernal ralea!

GARCÍA.

(Dentro).

Cese ya la mortandad,  
pues la victoria es segura;  
a esa gente sin ventura  
con hierros asegurad.  
A Albenzar pronto busquemos,

puesto que se esconde aquí;  
aquella es su estancia, sí;  
nadie la defiende; entremos.

(Entra el Capitán García con peto y capacete, y detrás de él el Sargento y ocho o diez Soldados españoles con lanzas y arcabuces).

GARCÍA.

Rendid, perros desalmados...

(Se detiene).

Mas ¿dos mujeres no más  
y un cadáver...? ¿Es quizás...?

(A la tropa).

La furia tened, soldados.

MARÍA.

(Deja el cadáver y se arrodilla delante del Capitán, pero con dignidad).

Si sois noble como dice

a voces vuestra presencia,

mirad, señor, con clemencia

a una mujer infelice.

Y si sólo por mujer

la hidalguía castellana

me la niega, por cristiana

me la habrá de conceder.

GARCÍA.

(Aparte, atónito y suspenso).

¡Cielos!... ¡Qué rara beldad!

¡Y qué noble discreción!...

Me ha robado el corazón.

(Alto a María).

Señora, de tierra alzado,

(La levanta).

que al miraros en el suelo

pierdo la razón y el tino

de terror, porque imagino

que se ha desplomado el cielo.

¿Quién sois...? Un ángel, lo veo.

Un ángel, un ángel, sí.

Mas qué hace un ángel aquí

confuso saber deseo.

MARÍA.

(Con dignidad).

Soy de Mulim-Albenzar,

muerto, como veis, la hija;  
vuestra nobleza colija  
mi posición singular.  
Cristiana de corazón,  
y fiel de veras al rey  
del amor filial la ley  
me puso en esta ocasión.  
Sois cristiano y caballero,  
habéis mi desdicha oído,  
y la protección que os pido  
con seguridad la espero.

GARCÍA.  
(Dudoso).  
¿Ese es Mulim-Albenzar?  
(Al Sargento).  
Reconocedle.

SARGENTO.  
(Acercándose al cadáver).  
Sí, es cierto;  
es Albenzar, y está muerto;  
de buena logré escapar.

GARCÍA.  
Confuso estoy, ¡vive Dios!

SARGENTO.  
Señor, a esas embusteras  
no des crédito. ¿Qué esperas?  
Amarremos a las dos.

GARCÍA.  
Son cristianas.

SARGENTO.  
Sonlo ahora  
por evitar el castigo.

MARÍA.  
¡Señor...!

GARCÍA.  
Pues estáis conmigo  
no temáis nada, señora.  
(Resuelto, a la tropa).

Esta estancia respetad,  
y ese cadáver sangriento  
a colocarlo al momento  
sobre la torre llevad.  
Vea la rebelde grey  
cuál es su mísera suerte,  
pues ya les robó la muerte  
al que aclamaron por rey.  
Y con su fin la esperanza  
pierda del todo esta sierra  
terminándose la guerra  
y cesando la matanza.

SARGENTO.

Tal vez, señor capitán,  
pueden tener estos moros  
aquí ocultos tesoros.

GARCÍA.

(Severo).

Si los hay, vuestros serán.  
(Señalando a María).  
Y que esta joya o portento  
yo ansioso ya guardo ved:  
mi mandato obedeced,  
y retiraos al momento.

(El Sargento y los Soldados recogen el cadáver de Mulim-Albenzar, y, entre tanto, dice el Sargento):

SARGENTO.

Muy hermosa es la morisca,  
y al capitán ha prendado;  
pero lo juzgo excusado,  
pues tiene facha de arisca,

MARÍA.

(Viendo llevar el cadáver de su padre se arroja a abrazarlo).  
¡Padre!... ¡Señor!... ¡Santo Cielo!

(Se apoya, muy afligida, en Felisa).

FELISA.

¡Hija del alma!

GARCÍA.

(Aparte y envainando la espada).  
¡Qué encanto  
tan irresistible!... ¡Oh!... ¡Cuánto  
templar su desgracia anhelo!  
Mas tengo orden terminante  
o de al punto exterminar  
la familia de Albenzar  
o de llevarla al instante  
asegurada a Valencia,  
donde en cadalso sangriento  
sirva al punto de escarmiento  
a la morisca demencia.  
No la puedo libertar,  
que, aunque dice que es cristiana  
y al rey fiel, ¡suerte tirana!,  
la heredera es de Albenzar.  
¡Oh, qué celestial mujer!  
Si el miedo..., la confusión...  
Se perturba mi razón;  
no sé lo que voy a hacer.  
En caso tan inaudito...  
¡Ay!..., si me amara, podría...  
Abrásase el alma mía,  
y en su amor me precipito.  
(Alto, a María).  
En vos, ¡oh hermosa!, volved,  
aunque es hartos dura y fuerte  
vuestra lamentable suerte,  
que estáis en mis manos ved.  
El ser sangre de un traidor,  
el ser de Albenzar la hija,  
no extrañéis que hoy exija  
gran dureza, gran rigor.

FELISA.

(Arrebatada y como fuera de sí).  
No, no es hija de Albenzar;  
es hija mía, es cristiana,  
es de sangre castellana;  
aquí nunca debió estar.

MARÍA.

(Conteniéndola con dignidad).  
¿Qué osas, Felisa, decir?  
No niego mi origen, no,  
ni con imposturas yo

quiero el peligro evadir.

(Al Capitán).

Cristiana, es verdad, lo soy;  
mas hija de Albenzar sí,  
que fuera un baldón en mí  
negar a mi padre hoy.  
El amor que me profesa,  
porque, al cabo, es mi nodriza,  
a esta española castiza  
le inspira la invención ésa.  
Pero no soy yo mujer,  
sea cual fuere mi ventura,  
que a una cobarde impostura  
quiera la vida deber.  
Si el ser cristiana no  
basta para templarse conmigo  
el espantoso castigo  
que ha merecido mi casta;  
si es crimen la sangre mía,  
que no lo borra mi fe,  
pura víctima seré,  
sin desmentir mi hidalguía.  
Y si así al Cielo le plugo  
mis manos encadenad,  
y mi cuello colocad  
sobre el tajo del verdugo.  
Pues si os pedí compasión  
cuando vencedor entraste,  
y con un muerto me hallaste  
en este oscuro rincón,  
no fue pediros la vida,  
sí el honor, que en riesgo estaba,  
cuando tras de vos entraba  
la soldadesca atrevida.  
Mas de nuevo a vuestra  
planta os pido cumpláis la ley  
conmigo que impone el rey  
pues su rigor no me espanta.  
Antes bien, tal es mi suerte  
que es el más grande favor  
que hacerme pueden, señor,  
el de apresurar mi muerte.

GARCÍA.

(Conmovido profundamente).  
Basta, señora, os lo ruego.  
Celeste encanto, cesad.  
¡Oh, con cuánta actividad  
me abrasa de amor el fuego!  
Tomo de mi cuenta, sí...  
¡Cielos!... ¿Por qué esta victoria,  
que juzgué mi mayor gloria  
es ya infierno para mí?  
Descuidad, resuelto estoy.  
Por remediar vuestra suerte  
por salvaros de la muerte  
a perderlo todo voy.  
Por premio pediré al rey  
si mi hazaña ha de premiar  
vuestra belleza salvar  
de la promulgada ley.  
(Con vehemencia).  
Y su gracia y la de Dios  
perderé contento, y todo;  
mi fama hundiré en el lodo  
por merecer, ¡ay!, de vos  
una mirada propicia,  
una muestra de interés,  
(Hinca una rodilla).  
pues que mi alma a vuestros pies  
abrasada se desquicia.

MARÍA.  
(Asombrada).  
¿Qué es lo que hacéis? ¿Qué demencia...?  
¡Señor capitán!..., ¿qué es esto?  
¿Vos ante mis plantas puesto?  
¿Vos...? ¡Cielos!

GARCÍA.  
Sí. La violencia  
de un encanto me ha rendido,  
y desde el punto en que os vi  
tan bella me convertí  
de vencedor en vencido.  
Esta furiosa pasión,  
que cual rayo fulminante  
abrasa mi pecho amante,  
os merezca compasión.

MARÍA.  
¡Señor capitán!

FELISA.  
(Muy desconsolada).  
¡María!

GARCÍA.  
(Levantándose).  
Ángel divino, os adoro;  
sois un celestial tesoro...

MARÍA.  
¿Hombre de tanta hidalguía...?

GARCÍA.  
No os asombre nada, nada.  
Viviréis, sí, yo lo juro,  
que es mi pecho vuestro muro,  
vuestra defensa mi espada.  
Sin temor de aquí salid,  
cuido yo vuestro decoro.  
Pero... pensad que os adoro.  
Basta. Tras de mí venid.

(Vase).

MARÍA.  
(Muy abatida).  
¡Felisa..., Felisa mía!,  
raro peligro correremos.

FELISA.  
En el Cielo confiemos,  
desventurada María.

(Vanse).

## *ESCENA II*

Decoración corta, de árboles y peñascos, y a un lado se verá la boca de una gruta, por la que sale DON FERNANDO vestido de toscas pieles, como pastor

DON FERNANDO.

¡Oh, cuánto Corbacho tarda!  
¿Qué habrá ocurrido...? ¡Ay de mí!  
Ya con inquietud aquí  
mi ansioso anhelar lo aguarda.  
¡Cielos!... ¿Qué es lo que retarda su vuelta...?  
¿La carta mía habrá llegado a María?  
¿Querrá mi dichosa estrella  
que torne a mis brazos ella,  
cual amante le pedía?  
(Se pasea).

Aumenta mi sobresalto  
el que toda la mañana  
ha atronado esta montaña  
rumor de lid o de asalto.  
Y aquí, de noticias falto,  
entre esperanza y temor  
desde que cesó el rumor  
lucho, y el temor me gana,  
porque en mi suerte tirana  
lo seguro es lo peor.  
Ni ya puedo prolongar  
esta situación penosa,  
do mi estrella desastrosa  
me ha podido colocar.  
Milagro ha sido escapar  
entre tanto desconcierto  
con este traje encubierto,  
sin que nadie me haya visto  
los largos días en que asisto  
en este oculto desierto.  
(Agitado).

Y el término, ¿cuál será...?  
¡Cielos!... ¿Perderé a María  
después de tanta agonía,  
o mi amor la cobrará?  
¡Ay!, si decretado está  
que nunca yo la posea,  
que ajena, ¡oh rabia!, la vea...,  
un rayo antes me confunda,  
esta montaña se hunda  
y mi sarcófago sea.  
(Pausa).

Mas ¿qué va a ser en el mundo  
de mí, infelice...? ¿Qué espero?  
¿Qué porvenir fundar quiero...?  
Me anonado, me confundo.

¿Qué digo?... Mis dichas fundo  
en mi deliciosa llama:  
junto a aquello que se ama  
es mentira el orbe todo.  
Son vago viento, vil lodo,  
cuna, estado, honores, fama.  
(Pausa).  
¡Ay!... Si mi padre supiera  
que no en Flandes, sino aquí  
me tiene perdido así  
este amor, ¿qué me dijera?  
¿Y si descubrir pudiera  
que una morisca...? ¡Hado impío!  
De pensarlo siento el frío  
por mis venas de la muerte.  
¡Padre..., padre! ¡Dura suerte!  
Perdón, perdón, padre mío.  
¡Cielos!, que su maldición  
no me abrume. Enhorabuena  
me desherede; tal pena  
tenga mi ciega pasión.  
Yo en el último rincón  
de la Tierra gozaré  
lo que siempre llamaré  
mi delicia y mi ventura,  
y la infundada censura  
del mundo despreciaré.  
Al lado de mi María,  
en el antártico suelo,  
bajo un nunca visto cielo,  
¿quién turbará mi alegría?  
Allí con la espada mía  
honraré mi ilustre cuna,  
y en ocasión oportuna  
otro Estado ganaré,  
y lo que alcanzan sabré  
el amor y la fortuna.

(Entra Corbacho vestido se soldado y con un envoltorio de ropa, que tira a un lado).

**CORBACHO.**

Mal haya, amén, el momento  
en que tu estrella sañuda  
te hizo ver a esa morisca  
para pasar tanta angustia.  
Y el punto y hora mal hayan

en que te dio la locura  
de abandonar lo de Flandes  
por perderte en lo de Júcar:  
en tan graves compromisos,  
en tan negras desventuras,  
reducido como fiera,  
a la estrechez de esa gruta.  
Y a meterme a mí en embrollos,  
en disfraces y en trifulcas,  
que en Peralvillo es probable,  
Dios sea sordo, que concluyan.

DON FERNANDO.

Corbacho, amigo.... ¿qué es esto?  
Tus palabras me atribulan,  
y en mis labios se amontonan  
y se hielan las preguntas,  
porque temo mil desastres  
de esas tristes quejas tuyas,  
y horribles presentimientos  
me abaten y me conturban.

CORBACHO.

Pues ya metido en el paso,  
do no debiste entrar nunca,  
es forzoso, ¡vive Cristo!,  
que de él con valor te escurras.

DON FERNANDO.

Pues ¿qué acontece? Di, acaba  
ya la impaciencia me abruma.

CORBACHO.

Allá voy, que reventado,  
y hecho de hambre una aleluya,  
no puedo mover la lengua  
con la rapidez que buscas.  
Aunque con estos disfraces  
en la soldadesca turba  
entro y salgo, fue imposible,  
como sabes, a mi astucia,  
durante seis largos días,  
dar curso a la carta tuya,  
porque sitiado el castillo,  
y defendido con furia,  
y estando dentro tu amada

con toda la infame chusma,  
llegar a ella no podía,  
a no convertirme en grulla.

DON FERNANDO.

(Impaciente).

¿Conque la carta...?

CORBACHO.

Un momento,

y lo sabrás todo; escucha:

Viendo el capitán García  
que aun la breva estaba dura,  
apeló para ablandarla  
a una militar astucia.

Y hoy mismo a la luz primera  
fingió con destreza suma  
emprender la retirada,  
con apariencia de fuga.

Creyéronla los rebeldes,  
y aun vencedores se juzgan,  
y con su rey vergonzante

salió la morisca chusma,  
en el alcance buscando  
feliz término a la lucha.

A la abandonada villa  
las mujeres sin cordura  
descendieron anhelosas  
en muchedumbre confusa;

yo me presumí que iría  
Felisa el ama, sin duda,  
como las demás, y, cauto,  
me oculté en las angosturas

del camino, en unas tapias  
que aquellas huertas circundan

Vi pasar varias moriscas,  
y como soles algunas,  
cuando a muy pocos momentos,  
quiso mi buena fortuna  
que venir viese a Felisa  
sola, sola.

DON FERNANDO.

¿Sola...?

CORBACHO.

Escucha.  
Sola; la llamo, se para,  
salgo a su encuentro, se asusta,  
al pronto me desconoce;  
iba a hablarla, cuando juntas  
vi venir otras mujeres,  
y temiendo me descubran,  
torno a esconderme en las tapias.

DON FERNANDO.  
(Con viveza).  
¡Y la carta...? ¡Oh suerte cruda!

CORBACHO.  
La tiré a sus pies.

DON FERNANDO.  
Y dime:  
¿la tomó...?

CORBACHO.  
Señor, ¿lo dudas?  
Yo se la vi alzar del suelo.

DON FERNANDO.  
¿Y sin respuesta ninguna  
te vuelves? Sin que siquiera...

CORBACHO.  
Eso es ya pedir cotufas  
en el golfo. Tú no sabes  
cuán espantosa trifulca  
se armó después. En las tapias  
quedéme, por si oportuna  
ocasión se me ofrecía  
de hacerle cien mil preguntas  
a su vuelta. Mas de pronto  
se alzó nueva barahúnda,  
que a salir de mi escondite  
me obligó con prisa, mucha.  
Las tropas que figuraron  
la retirada, a las turbas  
de moriscos acometen;  
otra vez la villa ocupan,  
y la entregan a las llamas.  
Pónense al momento en fuga

las infelices mujeres,  
suben al castillo y buscan  
refugio en él; a él se acoge,  
herido en la escaramuza,  
Albenzar, aún pretendiendo  
prolongar allí la lucha,  
y todo en vano. García  
había dejado ocultas  
en el inmediato bosque  
dos banderas, que sin duda,  
de acuerdo con los del fuerte,  
pues los traidores abundan,  
lo escalaron sin defensa,  
y todo fue muerte, angustia,  
robo, confusión, ruina,  
desolación, llanto, furia.

DON FERNANDO.

(Agitado).

¡Ay Corbacho!... ¿Y mi María?  
Tú su infortunio me ocultas;  
dime, pues: ¿en tal desorden,  
en tal trastorno...?

CORBACHO.

(Con soflama).

Te apuras,  
señor, muy pronto. Está viva,  
y un gran protector la escuda.

DON FERNANDO.

¡El Cielo!

CORBACHO.

(Con malicia).

El Cielo..., bien dices;  
por medio de la bravura  
del buen capitán García,  
que es hijo de la fortuna.

DON FERNANDO.

(Alterado).

¡Corbacho!... Di.

CORBACHO.

En el momento

que se armó la barahúnda  
al castillo corrí, donde  
vi aquella escena confusa.  
Muerto a Albenzar encontraron  
de su hija en brazos en una  
cámara. El señor García  
fue el que en ella entró, a la turba  
soldadesca defendiendo  
que hiciese allí de las suyas.  
Mandó sacar el cadáver  
a donde con voces mudas  
predicase el escarmiento;  
y él quedó con piedad suma  
a la huérfana infelice  
consolando...

DON FERNANDO.  
(Arrebatado de enojo).  
Calla..., ¡oh furia!  
Calla, vil... ¿Osa tu lengua...?

CORBACHO.  
(Intimidado).  
Señor..., señor..., que me asustas;  
yo no oso poner mi lengua  
sobre persona ninguna.  
Os refiero las hablillas  
de la soldadesca chusma,  
que ansiaba robar la estancia  
que de Albenzar era tumba,  
y que el capitán, severo,  
defendió...

DON FERNANDO.  
(Irritado).  
¡Canalla inmunda,  
que no sabe que es de nobles  
amparar la desventura,  
y defender a las damas  
de la insolente gentuza!  
(Sospechoso).  
Pero dime: ¿largo tiempo  
el capitán...?

CORBACHO.  
¿Qué preguntas?

DON FERNANDO.

(Agitado).

¡Oh!... Si osara... Mi María  
es cual las estrellas pura.  
Si el vencedor orgulloso...  
¡Oh cielos!... La horrible punta  
de un puñal envenenado  
mis entrañas desmenuza.  
Corbacho, dime...

CORBACHO.

(Con viveza).

No pierdas  
en amargas conjeturas  
el tiempo. Toma un partido,  
pues todo de aspecto muda.  
Cuando una morisca sólo  
rica y de famosa alcurnia  
era tu dama, podías  
en esperanzas futuras  
perderte, que, al cabo, era  
cristiana hasta las engubias.  
Pero ya...

DON FERNANDO.

(Precipitado).

Corbacho, amigo,  
la ley previene, y es justa,  
que la morisma cristiana  
que con español se una  
en matrimonio se libre  
de la proscripción.

CORBACHO.

Tarumba  
que con tu ceguedad me vuelves.  
Ya tu María no es una  
morisca vulgar. Es hija  
del que aún muerto se titula  
rey de los moros, caudillo  
de esta rebelión, y nunca  
habrá para ella indulgencia.  
Después olvidas, sin duda,  
quién es tu padre, y olvidas  
que cual desertor figuras

en Flandes, y que en España,  
siendo por tu noble cuna  
de Santiago caballero,  
has faltado en esta lucha,  
a que todos tus cofrades  
concurrieron sin excusa.

DON FERNANDO.

(Despechado).

¡Oh!... ¡Pese a mi infausta estrella!

¡Oh!... ¡Mal haya mi fortuna!

Desplómense estos peñascos;  
ábrase a mis pies la tumba.

CORBACHO.

Bien claro te mostró el Cielo  
el que a esta sima profunda  
tu pasión te despeñaba  
al despeñarte la furia  
del caballo. Si tú entonces,  
pues que saliste sin una  
costilla rota, te hubieras,  
renunciando a tus locuras,  
vuelto a Flandes, o a tu casa,  
cantáramos la aleluya.  
Y aún es tiempo...

DON FERNANDO.

(Fuera de sí).

Calla, cesa,

no acrecientes mis angustias:

o la muerte, o mi María;

ya tan solamente busca

mi enamorado despecho

de aquestas dos cosas una.

Sí, resuelto estoy, Corbacho;

responde pronto...

CORBACHO.

Pregunta.

DON FERNANDO.

¿Dónde está María.... dónde?

Hoy seré su esposo, o nunca.

CORBACHO.

Cuando salí del castillo,  
ya encadenada la chusma  
de moros, la preparaban  
a bajar con gran presura  
y buena escolta a la villa.  
Y de allí, según mi industria  
pudo inquirir, esta noche  
dos cuerdas salen: la una,  
con la rendida canalla,  
a las playas donde surtas  
están las embarcaciones;  
y la otra, en que van juntas  
las cabezas principales  
con María, por la ruta  
de Valencia...

DON FERNANDO.

Di: ¿esta noche...?

CORBACHO.

Esta noche, sí, no hay duda.

DON FERNANDO.

(Resuelto).

Pronto, sus, tráeme el caballo,  
que suelto el pasto disfruta  
de estos montes; trae mi espada,  
trae mis ropas, que me injurian  
ya estos villanos disfraces.

CORBACHO.

¿Qué intentas, pues?... ¿Qué procuras?

DON FERNANDO.

Con mi valor y mi acero  
burlar la suerte sañuda,  
libertando como noble  
a mi prenda de la furia  
de sus verdugos.

CORBACHO.

Detente;  
no te arrojes sin cordura  
un imposible, do sólo  
muerte o deshonor buscas.  
La cuerda va custodiada

con gente aguerrida y mucha;  
tú eres, al cabo, solo.

DON FERNANDO.

El que despechado pugna  
por salvar a la inocencia,  
y más si el amor lo ayuda,  
vale por ciento.

CORBACHO.

Tu arrojo  
y tu pasión te deslumbran.  
Vas, traidor, contra un decreto  
del rey, a empeñar tal lucha.  
Vas a deslustrar tu nombre.  
Vas, en fin...

DON FERNANDO.

(Despechado).  
¡Suerte sañuda!  
Yo quiero ver a María.  
Con ella morir.

CORBACHO.

Escucha:  
Supuesto que no desistes  
de esa tu infernal locura,  
da tiempo al tiempo, y prudente  
válete de alguna industria  
para ponerte siquiera  
de acuerdo...

DON FERNANDO.

(Con viveza).  
Bien; piensa una.

CORBACHO.

Con el disfraz de soldado  
puedes en la noche oscura  
entre la escolta injerirte,  
con ella hablar, que es astuta,  
y en la marcha, que no es corta,  
disponer...

DON FERNANDO.

Sí, sí. Sin duda

me habla por tu boca un ángel.  
Mas ¿dónde encontrar alguna  
ropa de soldado...?

CORBACHO.

Al punto,  
que mi previsión es mucha.  
De un muerto que hallé aquí cerca,  
al volver ahora en tu busca,  
tomé todo el equipaje.  
(Revolviendo el lío que puso a un lado al salir).  
Y hele aquí. Manchas lo ensucian  
de sangre, porque su dueño  
tenía una herida profunda;  
pero nada importa.

DON FERNANDO.

(Muy reanimado).  
Amigo,  
tú remedias mis angustias.  
Y pues ya la noche llega  
y tierra y cielos enluta  
con sus sombras, no perdamos  
el tiempo, y Dios nos dé ayuda.

(Entrase en la gruta, y Corbacho detrás de él, llevándose el envoltorio).

### *ESCENA III*

Plaza de la villa de Alajuar, arruinada, por el incendio. Aún arden a lo lejos algunas casas  
y otras están humeando. Empieza a anochecer. Salen ABDALLA, ZEIR y dos o tres,

MORISCOS de nota cargados de cadenas y rodeados, de SOLDADOS ESPAÑOLES,  
con arcabuces y alabardas, y con ellos el SARGENTO, con jineta

SARGENTO.

¡Alto, perra canalla,  
que no vais a un festín!

(Todos se detienen en el fondo de la escena, sentándose unos, otros hablando entre sí,  
formando cuadro).

ZEIR.

¡Cielos!... ¡Abdalla!

ABDALLA.

Zeir, lo que está escrito no podemos  
los hombres contrariar. Sólo podemos  
resignarnos, humildes, los humanos  
de Alá con los decretos soberanos.

ZEIR.

Malec, ese cobarde,  
es quien nos ha vendido.

ABDALLA.

Pues no ha de hacer de su traición alarde  
que con un tósigo le dejo prevenido  
con que beba la muerte;  
endulce esta venganza nuestra suerte.

ZEIR.

¿Y cuál, ¡ay!, nos espera?

ABDALLA.

Terrible a la verdad y lastimera.  
Pero grande es Alá, y él solo es grande.

SARGENTO.

(En el proscenio, apoyado en su jineta y hablando consigo mismo).

¿Posible es que se ande  
el señor capitán hecho un Cupido,  
tras una vil morisca así perdido,  
y que aquí nos detenga  
porque su dama a sus anchuras venga?  
¡Vive Dios, que no entiendo  
cómo un hombre tan duro y tan tremendo  
y que ya no es muchacho,  
se convierta en baboso mamarracho!  
¡Vaya, me desespera!  
No sé qué le detiene  
en hacer lo que yo, sin duda, hiciera,  
pues que rendida en su poder la tiene;  
admiro su cachaza... Mas él viene.

(Entran el Capitán García, María y Felisa).

GARCÍA.

¿Marchó la cuerda, sargento,  
que va a la costa?

SARGENTO.

El camino  
tomó para su destino  
en buen orden ha un momento.  
Y no hay con ella cuidado,  
pues que la manda Garcés.

GARCÍA.

Tenéis razón, porque es  
el alférez gran soldado.  
Disponed nuestra marcha en el instante,  
llevando por delante  
los soldados mejores  
para ser de la ruta exploradores.  
Y cuidado que no rompan las cadenas  
los presos.

SARGENTO.

Son muy gordas y muy buenas.  
(El Capitán y el Sargento van al fondo de la escena, como a revistar los presos y a ordenar la tropa).

MARÍA.

(Muy abatida y como en secreto).  
¡Ama mía.... voy muerta!  
No por lo horrendo de mi suerte cierta,  
sino por el amor que se ha encendido  
en ese malnacido,  
pues con razón me temo  
que, con mi resistencia despechado,  
ciego y desatentado,  
se arroje loco al criminal extremo  
de abusar de su fuerza en el camino.  
De asombro y de terror estoy sin tino.

FELISA.

(Llorando).  
¡Infelice María!...  
En la piedad confía del Cielo,  
que es de la inocencia amparo.  
De ti ni un solo punto me separo,  
y contigo, hija mía,  
defendiendo tu vida y tu inocencia,  
me verás hasta Valencia.  
Y, allí..., si allí llegamos...,

en la Virgen santísima pongamos  
toda nuestra esperanza.  
Tengamos en su auxilio confianza.

GARCÍA.

(Al Sargento).

Empreded la partida,  
y esperad del lugar a la salida,  
que pronto iré a alcanzaros.

SARGENTO.

(Con socarronería).

¿Conque queréis quedaros  
a ver si por la buena ese portento...?  
Si andáis con tal melindre y miramiento,  
ya veréis que os chasquea.  
Está en vuestro poder, que vuestra sea.  
(Con recato misterioso).  
En el camino acaso  
un bosque muy espeso se halla al paso,  
y en él lograr, sin duda,  
podéis cuanto queráis. Yo os daré ayuda.

GARCÍA.

Bien. La marcha emprendamos.

SARGENTO.

¡Arriba, vil canalla! ¡Vamos, vamos!

(Vase, llevando por delante los presos y soldados).

GARCÍA.

(Amoroso).

Ya veis cuánto hago por vos,  
a mi obligación faltando;  
y aun me está martirizando  
vuestro ceño, ¡vive Dios!  
En todo os he dado gusto,  
a todo por vos me allano;  
que vuestro desdén tirano  
se ablande, señora, es justo.  
Libre estáis, vais sin cadenas;  
sola vos mandéis aquí,  
tenéis un esclavo en mí:  
téplense, pues, vuestras penas.  
Y dadme alguna esperanza,

¡oh soberana mujer!  
Dejadme a lo menos ver  
un asomo de bonanza.

MARÍA.

(Con altivez).

Señor capitán, os ruego  
que más no me importunéis  
que mi suerte abandonéis,  
que me dejéis luego, luego.  
Yo nada exijo de vos;  
de mí, pues, nada exigid.  
Cual debéis me conducid  
que a mí me defiende Dios.

GARCÍA.

Pensad cuál es vuestra suerte;  
ved que estáis en mi poder.

MARÍA.

Yo no soy, señor, mujer  
a quien asusta la muerte.

GARCÍA.

¡Ay! Aun es tiempo; escuchad  
a un corazón que os adora,  
que por vos misma os implora

MARÍA.

Si honra tenéis, acabad.

GARCÍA.

(Con vehemencia).

Con ese ceño tirano  
más mi pasión encendéis,  
y en el caso me pondréis...

MARÍA.

Sois caballero y cristiano.

GARCÍA.

(Resuelto).

Que lo soy os probaré  
si al fuego que me devora  
os mostráis grata, señora.  
Todo lo aventuraré.

Por la ley puedo libraros  
de la muerte ignominiosa  
si queréis vos ser mi esposa,  
y pronto estoy a juraros...

MARÍA.

(Con rapidez).

Jamás, jamás; tiene dueño  
mi voluntad, y por él  
quiero morir.

GARCÍA.

(Despechado).

¡Oh cruel!

¿Conque es en vano mi empeño?

¿A otro amáis?

MARÍA.

Con alma y vida.

GARCÍA.

(Furioso).

¡Infeliz!... ¿Qué pronunciaste...?

Tú misma te condenaste  
envenenando mi herida.

Tiembla mi ciego furor.

Atropellaré por todo,  
y de un modo o de otro modo...

FELISA.

¡Oh Cielos, dadnos favor!

GARCÍA.

¡Ingrata!... Te has de acordar.

Vamos, pues; vamos, marchemos.

MARÍA.

(A Felisa).

En la Virgen confiemos,  
que es quien nos ha de amparar.

(Vanse).

*ESCENA IV*

Decoración que descubra todo el foro, representando un oscuro bosque de noche en tierra quebrada. Y en el fondo se verá un camino entre peñas y troncos. Entran DON FERNANDO y CORBACHO, ambos vestidos de soldados

CORBACHO.

¿No miras allí el camino?  
Es aquella lista blanca  
que va tras de la barranca.  
(Escuchando atentamente).  
Y viene, a lo que imagino,  
ya la columna, señor.  
Y aunque la noche está oscura,  
que veo se me figura...

DON FERNANDO.

Claro se escucha el rumor.  
Vamos hacia allá al momento,  
y procura no ser visto,  
teniendo el caballo listo  
para que en cualquier evento...

CORBACHO.

Vamos, pues. Pero prudencia  
tan solamente os encargo.  
Ved que el camino es muy largo  
hasta llegar a Valencia.  
Y que, una vez con María  
puesto de acuerdo, podrás...

DON FERNANDO.

Descuida, y no digas más;  
en mi cordura confía.

(Vanse. Entran y pasan por el camino del fondo Abdalla, Zeir y los Moriscos, todos encadenados y sonando los hierros, y delante, y detrás, y a los lados, en buen orden, Soldados españoles, con alabardas y arcabuces, con las cuerdas encendidas, y cuando ya todos hayan pasado, sale el Capitán García, que trae asida del brazo a María y la empuja con fuerza hacia el proscenio).

MARÍA.

¿Qué es esto, ¡oh cielos!, señor?  
¿Qué arrebató? ¿Qué demencia?

GARCÍA.

(Con voz ahogada).

Calla y sufre la violencia  
de mi despreciado amor.

MARÍA.

(Aterrorizada).

¿Un cristiano, un caballero  
de una infelice abusar?

GARCÍA.

(Desenvainando la espada).

Mi pasión has de premiar  
o has de morir a este acero.

MARÍA.

(Cayendo de rodillas).

¡Socórreme, Virgen santa;  
dame tu amparo y favor.

GARCÍA.

(Arrastrándola del brazo).

Nadie escucha tu clamor.  
Ven conmigo; ven, levanta.

MARÍA.

¡Cielo!

GARCÍA.

No te libraré  
ni el infierno mismo, no.

(Entra precipitado Don Fernando con la espada desnuda).

DON FERNANDO.

Pero la liberto yo,  
forzador vil...

GARCÍA.

(Suelta a María, sorprendido).

¿Quién va allá?

DON FERNANDO.

Defiéndete, desdichado,  
si te llamas caballero,  
que se afrentara mi acero  
de matar a un descuidado.  
Ponte tras de mí, María,

que bajo mi amparo estás,  
y cuál te guardan verás  
mi amor y la espada mía.

MARÍA.

(Corriendo a él).

¡Oh santos cielos!... Es él.  
Sí, reconozco su acento.

GARCÍA.

(Turbado).

¿Eres del bosque portentoso  
o emisario de Luzbel?

(Se acerca furioso).

¡Mi rival!... Ven a morir,  
que es rayo ardiente mi espada  
a que no resiste nada.

DON FERNANDO;

Calla, si sabes reñir.

(Riñen, y Don Fernando le da una estocada).

GARCÍA.

(Titubeando).

¡Muerto soy!

(Grita).

¡Hola, soldados!...

Que se fugan...

(Entrase).

¡Ay de mí!

DON FERNANDO.

Huyamos pronto de aquí

en el Cielo confiados.

Corbacho, por vida mía,

pronto, el caballo.

CORBACHO.

(Apareciendo en el bastidor).

Aquí está.

DON FERNANDO.

(Al irse con María).

A las ancas...

CORBACHO.

Bueno va.

DON FERNANDO.

(Dentro).

Afírmate bien, María.

(Rumor de un caballo que arranca. Suena un tiro y ruido).

VOCES.

(Dentro).

¿Dónde el capitán nos llama?

(Entra el Sargento con cuatro Soldados).

SARGENTO.

(Apresurado).

Hacia aquí; venid, volemós,

y este monte registremos

peña a peña y rama a rama.

## JORNADA TERCERA

### ESCENA PRIMERA

Representa una calle de la ciudad de Valencia. Decoración corta, y sale FELISA, muy afligida, de saya y manto y con un rosario en la mano

FELISA.

¡Ay de mí! Recorro en vano

estas calles de Valencia

para buscar un consuelo

y de la infelice nuevas.

Hoy el pueblo alborotado

con la terrible sentencia

que contra Zeir y Abdalla

y otros moriscos de cuenta

ha pronunciado el consejo,

de María no se acuerda,

ni se habla de su aventura,

ni de hacia dónde estar pueda.

Al fin los pasados días

su fuga tan sólo era

la conversación de todos  
en calles, casas y tiendas.  
Y el oír en los corrillos  
nombrarla y hacer diversas  
conjeturas, de consuelo  
pudo servir a mis penas.  
Mas hoy ya nadie la nombra,  
nadie en su infortunio piensa.  
(Llora).

¡Virgen Soberana!, madre  
de la oprimida inocencia,  
sedle, escudo, sedle amparo,  
y dadme luz con que pueda  
descubrir...

(Sorprendida).

Pero ¿qué veo?

Jurara, ¡cielos!, que él era.

Sí... ¡Corbacho!

(Entra Corbacho, embozado).

CORBACHO.

(Sorprendido).

¡Ama Felisa!

FELISA.

¿Cómo tú por esta tierra...?

¿Y María?... ¿Y don Fernando?

¿No me traes noticias de ella?

¿No me dices...?

CORBACHO.

¿Por ventura que sé  
de ellos algo piensas,  
cuando anhelaba encontrarte  
para que tú me dijeras...?

FELISA.

(Desconsolada).

¿Qué he de decirte, Corbacho?...

¿Cómo darte, amigo, nuevas  
que busco anhelante?...

CORBACHO.

Dime:

¿tú desde cuándo en Valencia?

FELISA.

Desde que entraron los presos,  
hace tres días.

CORBACHO.

Yo apenas  
ha dos horas que he llegado.

FELISA.

Pero tú, ¿después de aquella  
terrible noche seguiste...?

CORBACHO.

¿Y quién seguirlos pudiera?  
Muerto el capitán, mi amo,  
más veloz que una saeta,  
con la morisca en las ancas  
en las lóbregas tinieblas  
desapareció. Y yo, ¿cómo  
a pie seguirlos pudiera,  
no estando antes prevenido  
de adónde se dirigieran?  
Cuando se alzó aquel desorden  
con las voces y las quejas  
del herido, agazapéme  
oculto entre las maleza  
para no ser descubierto  
y pagar culpas ajenas.  
Y al aparecer el alba  
tomé una trillada senda  
que se me ofreció, y vagando  
no sin peligro y miseria,  
por todos, los escondites  
de aquellas fragosas sierras  
he estado; hasta que aburrido  
vengo sin norte a Valencia,  
por ver si de mi amo logro,  
que le quiero mucho, nuevas.  
Pero tú, Felisa, ¿cómo  
abandonaste a tu prenda  
en aquel conflicto?... ¿Cómo  
sin tu amparo acometerla  
pudo el capitán?

FELISA.

Corbacho,  
cómplice el sargento era  
del crimen sin duda alguna,  
pues con infernal cautela,  
en cuánto cerró la noche,  
después de que con reserva  
le habló el capitán, mi mula  
aseguró por la rienda,  
sin apartarse ni un punto.  
Y al atravesar la cuerda  
el bosque, de mi María  
me separó con destreza,  
tomando por un atajo  
al través de las laderas;  
y cuando escuché sus voces,  
sus lamentos y sus quejas,  
ya me hallé entre los soldados  
y a grande distancia de ella.  
En medio de aquel desorden  
intentaron sus cadenas  
romper los míseros presos,  
y armóse grave pendencia  
entre soldados y moros,  
sin que yo, infeliz, pudiera,  
aunque bien quise, fugarme;  
y en llanto amargo deshecha,  
me resigné con mi suerte  
y llegué aquí con la cuerda.  
Al punto, como española,  
me dejaron en completa  
libertad,  
(Llora).  
y ando perdida,  
sólo ansiando tener nuevas  
de aquella infeliz.

CORBACHO.

No llores,  
Que está en salvo es cosa cierta.

FELISA.

Hágalo el Cielo.

CORBACHO.

Felisa,  
¿y es verdad esa sentencia?

FELISA.

Lo es, y terrible, terrible...

CORBACHO.

No hay nada que no merezcan.

FELISA.

(Compasiva.).

Es así...; pero...

CORBACHO.

Tu amo

tuvo más feliz estrella,

que al cabo como valiente

pereció, pues si hoy viviera...

FELISA.

¡Qué lástima! Era indomable

y muy ciego por su secta;

pero muy caritativo,

de muy gallarda presencia,

de pensamientos muy altos

y de muy clara nobleza.

Dieciocho años he comido

su pan..., y una ingrata fuera

si no llorara su muerte,

si no elogiara sus prendas.

¡Cuántas desgracias!...

(Llora).

CORBACHO.

¡Felisa!

FELISA.

Voyme, Corbacho a la iglesia,

a que la Virgen piadosa

por nosotros interceda.

CORBACHO.

Pues yo no sé dónde vaya,

ni tampoco dónde pueda

hallar abrigo.

FELISA.

Si quieres...,  
en casa de una parienta,  
que pobremente me aloja...

CORBACHO.

Basto yo para pobreza.  
¿Y dónde es?

FELISA.

Allá en la plaza.  
Alejándome voy de ella  
para no ver el suplicio  
de esos dos, que al cabo eran  
conocidos.

CORBACHO.

Pues a verlos  
ahorcar voy, ¡malditos sean!  
Yo te buscaré.

FELISA.

Si logras  
alguna noticia cierta...

CORBACHO.

La sabrás en el momento.

FELISA.

Pues a Dios.

CORBACHO.

Con él te queda.

(Vanse por distintos lados).

## ESCENA II

Representa el gran salón del Consejo. Al fondo habrá un dosel con el retrato de Felipe III; una gran mesa, con rico tapete y recado de escribir, cinco sillones, y un taburete para el secretario. Entra por un lado el CONDE DE SALAZAR, ricamente vestido y con el collar del Toisón de Oro, y por el otro, el COMENDADOR MAYOR de la Orden de Calatrava, con la insignia en la ropilla y en la capa y la venera al cuello, pendiente de una cadena de oro

CONDE.

¡Oh señor comendador!

COMENDADOR.

(Con respeto).

¡Oh excelentísimo conde!

Bien la fortuna responde  
a vuestro sabio valor.

Esta desastrosa guerra  
ya de un modo o de otro modo  
termina, y queda del todo  
en seguridad la tierra.

Y a vuestro noble tesón  
y prudencia debe el rey  
de esta rebelada grey  
ver cumplida la expulsión.

CONDE.

A la prudencia y lealtad  
del consejo solamente  
servicio tan eminente  
hoy debe su majestad.

COMENDADOR.

Pero el alma del Consejo  
ha sido vuestra excelencia,  
que tiene la presidencia.

CONDE.

Sólo por ser el más viejo.

COMENDADOR.

Ya viene el señor marqués  
de Caracena.

CONDE.

Ya estamos  
todos, pues solos formamos  
hoy el Consejo los tres,  
puesto que los otros dos,  
con encargos diferentes,  
están en Valencias ausentes,  
al rey sirviendo y a Dios.

COMENDADOR.

¿Dónde nuestro patriarca?

CONDE.

Con caridad exquisita  
a la canalla maldita  
allá en Alicante embarca,  
por la raza delincuente  
mostrando una suavidad  
que no me gusta en verdad  
con tan depravada gente.

COMENDADOR.

¿Y dónde Agustín Mexía?

CONDE.

Queda aún guardando la sierra,  
aunque terminar la guerra  
consiguió su valentía.

COMENDADOR.

Grande en el Consejo es  
su ausencia.

CONDE.

Mas, sin embargo.  
cumpliremos nuestro encargo,  
que poco falta, los tres.

(Entra el Marqués de Caracena, virrey, ricamente vestido a la usanza militar y con bastón, botas y espuelas).

MARQUÉS.

¡Oh gran comendador!, ¡oh insigne conde!,  
perdonad mi tardanza; recorriendo  
de la ciudad las calles, receloso  
de que pudiera conmoverse el pueblo,  
no me ha sido posible más temprano  
al Consejo acudir.

CONDE.

A muy buen tiempo  
llegáis, señor marqués.

MARQUÉS.

Era preciso  
estar alerta entre el concurso inmenso,  
que se ha agolpado a presenciar la muerte

de esos desventurados.

CONDE.

¿Tuvo efecto  
sin novedad?

MARQUÉS.

Sin novedad alguna,  
y quiera Dios que sirva de escarmiento.

CONDE.

Pues estamos los tres que solamente  
hoy, señores, formamos el Consejo,  
podemos proseguir nuestras tareas,  
que ya, gracias a Dios, van concluyendo.

(Hace una seña, entra el Secretario y se sientan todos en sus respectivos puestos alrededor de la mesa).

CONDE.

(Con gravedad).

El embarco prosigue en estas costas  
con toda actividad. Los tristes restos  
que aun en los montes de rebeldes quedan.  
no dan cuidado ya; rotos, dispersos  
sin encontrar abrigo en parte alguna  
desaparecerán rendido luego.

Sólo la fuga audaz de esa morisca,  
de la hija de Albenzar, de aquel protervo  
que osó llamarse rey, siendo cabeza  
en las serias revueltas de este reino,  
nos pudo ocasionar algún cuidado.

Mas ya noticia positiva tengo  
de que fue con su cómplice arrestada  
de la vecina Mancha en los linderos.  
Debiéndose prisión tan importante  
a la astucia y presteza del sargento  
de aquella tropa misma, que no pudo  
la fuga remediar. Y hoy mismo espero  
que lleguen a Valencia, asegurados  
con buena escolta y con seguros hierros.

COMENDADOR.

¡Bendito sea el Señor! La tal morisca  
me daba, y con razón, graves recelos.

MARQUÉS.

¿Tanta importancia esa morisca tiene?

CONDE.

Mucha; que de belleza es un portento,  
y aun más de discreción y de osadía.  
La sangre y los altivos pensamientos  
del padre representa, y con su nombre  
podido hubiera reanimar el fuego  
de la atroz rebelión, aun no extinguido.  
Y de que tales eran sus deseos  
es prueba el modo de emprender la fuga,  
y lo es su dirección hacia Toledo,  
en donde los moriscos se preparan  
a dar nuevos escándalos al reino.  
Mas pues la pone Dios en nuestras manos  
con un castigo rápido y tremendo  
imponga a los rebeldes musulmanes  
saludable terror, santo escarmiento,  
y al rodar su cabeza en el cadalso  
húndanse de su raza los proyectos.

COMENDADOR.

Es su pronto castigo indispensable,  
y el castigo a la par de ese protervo,  
que osó salvarla con armada mano,  
cómplice de sus locos pensamientos.

CONDE.

Que la sentencia pronunciada sea,  
importa brevedad, pido al Consejo.  
Y le propongo que la infiel morisca,  
y el pérfido traidor, que osó encubierto  
con las tinieblas de la noche oscura  
la cuerda acometer con tal denuedo,  
a su jefe matar y libertarla,  
sean sin tardanza en el cadalso puestos,  
en donde la cuchilla del verdugo  
corte sangrienta sus altivos cuellos;  
y que en sendas escarpías las cabezas  
queden y sirvan de terror y ejemplo  
a la raza infernal, mientras las llamas  
tornen ceniza sus infames cuerpos.  
Propongo este castigo, y nos lo exigen  
de nuestro rey la causa y la del Cielo.

COMENDADOR.

Pero ¿quién es el cómplice alentado  
de esa altiva mujer se ha descubierto?  
Que algún morisco personaje sea  
el insensato audaz, señores, creo;  
tal impiedad, traición tan arrogante,  
de un cristiano español pensar no puedo.

CONDE.

Sea morisco o cristiano, la sentencia  
debe al punto tener cumplido efecto.  
Con media hora le basta, si es cristiano,  
para impetrar la compasión del Cielo.  
Y si antes de ponerse el sol llegasen,  
antes de que se ponga considero  
indispensable que presencie el mundo  
el urgente suplicio de ambos reos.

MARQUÉS.

¿Tal precipitación...?

CONDE.

Es necesaria.

MARQUÉS.

De la pública voz suena en los ecos,  
que es fiel y que es cristiana esa morisca;  
que lo es de corazón.

CONDE.

Siempre estos perros  
saben fingirse tales, esperando  
hallar así piedad en nuestros pechos.

MARQUÉS.

Si lo es de veras...

CONDE.

(Con autoridad).  
Morirá sin duda,  
dándole sólo el necesario tiempo  
para pedir a Dios misericordia.

MARQUÉS.

Al cabo una mujer...

CONDE.

(Con calor).

Ni edad ni sexo  
de esta raza infeliz encontrar debe  
compasión ni piedad en tal momento.  
Y no es mujer, señores, es la hija  
del que a llamarse se atrevió soberbio  
rey de Valencia; del que fue aclamado  
como tal rey por el morisco pueblo;  
del que la guerra atroz ha embravecido,  
dejando un nombre, aunque en verdad funesto,  
a esa infelice, que turbar pudiera  
el reposo y quietud de todo el reino.  
Su muerte es necesaria para darnos  
seguridad, y lo es para escarmiento  
la del osado que salvarla pudo,  
un atroz homicidio cometiendo.  
Que vacile me pasma en este punto  
el valor y entereza del Consejo.  
Torno la misma pena a proponerle  
que ha un momento indiqué. Y a tal extremo  
llega mi convicción de que la exigen  
la justicia del trono y la del Cielo;  
que si fuera hijo mío el alevoso,  
y ella más pura que el mayor lucero,  
y más cristiana que mi madre misma,  
al patíbulo juntos, al momento  
de llegar a Valencia los sacara,  
sin dar indicios de dolor mi pecho.

COMENDADOR.

Tal consideración pesa en mi mente,  
y la sentencia que indicáis apruebo.  
El nombre de Albenzar es necesario  
extinguir de una vez. Y en cuanto al reo  
la ley está, señores, terminante:  
dos crímenes en él graves advierto  
haberle dado a un capitán la muerte,  
que estaba con lealtad al rey sirviendo,  
y haber prestado auxilio a los moriscos,  
acción vedada por el bando regio.  
Justa es la pena que a los dos se impone,  
y es conveniente ejecutarla presto.

CONDE.

¿Y vos, señor marqués...?

MARQUÉS.

(Dudoso).

Yo..., señor conde...

Más detención quisiera, lo confieso;  
que es criminal el robador es claro,  
de un atroz homicidio lo es al menos;  
pero a una joven por su nombre sólo,  
pues que sea criminal aun no sabemos,  
a una joven, que dicen ser cristiana,  
a una mujer, en fin... No; me estremezco  
no puedo condenar...

CONDE.

(Con firmeza).

Cuando lo exigen  
de la Iglesia la paz y la del reino,  
y el delito de fuga está probado,  
escrúpulos tan nimios no comprendo.

MARQUÉS.

Mi voto no entorpece la sentencia,  
dada está; pues que tiene ya los vuestros,  
no ha menester para cumplirse el mío.

CONDE.

Así es, señor marqués. Mas considero  
que la unanimidad fuera importante  
para resolución de tanto peso.

MARQUÉS.

Cada cual deje su conciencia a salvo.

CONDE.

(Resuelto).

Yo ratifico mi opinión de nuevo.

COMENDADOR.

Yo con ella de nuevo me conformo.

MARQUÉS.

(Levantándose de la mesa).

Vuestra es la votación.

CONDE.

Estadme atento,

y extended la sentencia, secretario,

(El Conde dicta en voz baja y el Secretario escribe).

MARQUÉS.

(Paseándose lentamente; aparte).

Tal vez al rey disguste... Mas no puedo resolverme a votar esa sentencia.

Mi corazón angustian los recuerdos que jamás se han borrado de mi mente  
¡Ay!, hoy destrozan mi abismado pecho como un puñal agudo envenenado.  
¡Oh montes de Alajuar!... ¡Oh santo Cielo!  
¡Dieciocho años! Mi agitada mente vaga sin luz en laberintos ciegos.

(Pausa).

Es la hija de Albenzar... ¿Cómo pudiera?  
Es la hija de Albenzar... Si me resuelvo...  
Nada añade mi firma a la sentencia.  
Sí el rey, si mis amigos, si el Consejo desconfían tal vez por mi repulsa de mi lealtad, de mi cristiano celo...  
Resuelto estoy.

CONDE.

Comendador, la firma.

(Firma el Comendador).

¿Y persistís, marqués...? Dudoso os veo.

MARQUÉS.

(Acercándose a la mesa).

Aunque la compasión que siempre inspira la tierna juventud pudo mi pecho conmover, que me adhiera al cabo es justo a vuestra decisión, que yo respeto.  
De mi rey el servicio y del Estado la próspera quietud son lo primero.

(Firma).

CONDE.

Siempre tal esperé, marqués ilustre, vuestra sangre gloriosa conociendo.

(Al secretario).

Refrendadla y selladla, secretario, y haced que el bando se publique luego,

puesto que debe ser ejecutada  
en cuanto lleguen los inicuos reos.

(Vase el Secretario con la sentencia, y el Conde, y el Comendador, y el Marqués se levantan de la mesa y vienen al proscenio).

MARQUÉS.

Hasta mañana conveniente fuera  
acaso dilatar...

CONDE.

(Con viveza).

¿Y con qué objeto?

De rebelión el espantoso crimen  
pide castigo rápido y violento,  
pues con uno tan sólo, las más veces,  
ejecutado sin perderse tiempo,  
se atajan graves daños.

COMENDADOR.

Sí, se atajan.

Y es piedad el rigor que pone freno  
a delitos sin fin, que arrastrarían  
al patíbulo víctimas sin cuento.

(Entra el secretario).

SECRETARIO.

Señores, han llegado  
los presos a las puertas de Valencia,  
y el sargento, encargado  
de ellos, espera del Consejo audiencia.

CONDE.

¡Oportuna llegada!

De la ciudad previne que a la entrada  
los presos detuvieran,  
temiendo que la plebe conmovieran.  
Y mande que al momento  
viniese a mi presencia ese sargento,  
con todas las noticias y papeles  
que debe haber cogido a esos infieles.

(Al Secretario).

Esa torre contigua a este palacio

a los dos reos guarde,  
puesto que han de vivir tan corto espacio  
como hay de aquí a la tarde.  
Y venga un religioso,  
que, si cristianos son, pueda, piadoso,  
absolverlos propicio  
y acompañarlos luego hasta el suplicio.

SECRETARIO.

¿Y el sargento?

CONDE.

Que más no se detenga;  
a presentarse ante el Consejo venga.

(Vase el Secretario).

La bengala ha ganado  
con el celo y valor que ha desplegado.

(Se sientan otra vez a la mesa el Conde, el Marqués y el Comendador. Entra el Sargento como quien viene de camino, y se detiene respetuoso a la entrada).

CONDE.

No os detengáis, valiente.  
Decid cómo encontrasteis a esa gente,  
y cuanto hayáis logrado en el camino  
descubrir de su ciego desatino.

SARGENTO.

Perdone vuescelencia,  
que razón es se turbe en la presencia  
de este augusto Consejo  
y que se muestre atónito y perplejo  
un oscuro soldado,  
al campo y al cuartel acostumbrado.

CONDE.

Vuestra lealtad y celo  
os deben de quitar todo recelo.  
Y ya el Consejo piensa  
en daros la ganada recompensa.  
Hablad, pues, que os escucha.

SARGENTO.

Mi gratitud a su bondad es mucha.

(Se adelanta).

Seguí con cuatro soldados  
la pista a los fugitivos,  
por enmarañados bosques,  
por asperezas y riscos,  
reconociendo cavernas,  
registrando caseríos,  
sin descansar un momento,  
sin concederme un respiro,  
cuando a la segunda noche  
de fatiga el Cielo quiso,  
con las noticias recientes  
que recogí en un aprisco,  
indicarme que no había  
equivocado el camino.

Pues que aquella misma tarde,  
un viejo pastor me dijo  
habían estado en la choza,  
con el caballo rendido,  
el mancebo y la morisca  
que buscaba con ahínco.

También me indicó la senda  
que tomaron y aun el sitio  
donde estarían, que incautos  
tal vez de él dieron indicios.  
Me arrojé a su alcance al punto  
más constante y más activo  
aunque ya mis camaradas  
estaban desfallecidos.

Marchamos la noche toda,  
y ya en el término mismo  
de Castilla, al sol naciente  
llegamos a un lugarcillo  
miserable, y en su ermita  
con los desdichados dimos.

MARQUÉS.

(Admirado.).

¿En una ermita?

SARGENTO.

Y con ellos  
un sacerdote...

MARQUÉS.

¡Dios mío!

¿Un sacerdote?

SARGENTO.

Allí estaba...

COMENDADOR.

¿Cómplice...?

SARGENTO.

Yo sus designios  
no sé, señores, ni tiempo  
le di para descubrirlos,  
pues fuí más veloz que un rayo  
en cuanto a los fugitivos  
reconocí, en sorprenderlos.  
atarlos y conducirlos.  
El mancebo, valeroso,  
uso hacer restado quiso  
de un pedreñal, que llevaba  
junto al estoque, en el cinto.  
Pero yo con la jineta  
le di un golpe con tal tino,  
que le hice perder el suyo  
rindiendo a mis pies su brío.  
La morisca desmayóse  
y el cura resistir quiso  
que los prendiese, y furioso  
yo no sé cuánto me dijo  
de matrimonio, de fieles.  
de profanación, de ritos.  
Pues sin escucharle nada.  
asegurados y listos,  
saqué al campo mis dos presos  
y hacia aquí tomé el camino.

CONDE.

De su majestad en nombre,  
por tan completo servicio,  
os doy la bengala.

COMENDADOR.

Es justo.

MARQUÉS.

El rey sabrá vuestro brío.

SARGENTO.

Yo me confundo, señores,  
y honras tan grandes estimo.

MARQUÉS.

(Suspenso.).

¿En una ermita...? ¿Con ellos  
un sacerdote...? Es preciso...

CONDE.

(Interrumpiéndole con severidad).

Nada en el momento importa.  
Fácil será descubrirlo  
después. Lo que ahora interesa  
es que salgan al suplicio.

COMENDADOR.

(Al Sargento).

¿Y habéis, decid, descubierto,  
por ventura, en el camino  
algo de sus locos planes?

SARGENTO.

Ni una palabra me han dicho:  
a mis continuas preguntas,  
con sollozos y gemidos  
la morisca contestaba:  
el mancebo con desvío,  
guardando tenaz silencio  
impenetrable y tranquilo.

CONDE.

Son esos perros muy duros.

MARQUÉS.

¿Él es también un morisco...?

SARGENTO.

No, señor; que es caballero  
español, y muy altivo.  
Su porte y sus ademanes  
dan de alta nobleza indicios.

MARQUÉS.

(Con interés).

¿Y la morisca?

SARGENTO.

Confieso,  
y no soy muy compasivo,  
que lástima algunos ratos  
me causaba el verla, fijos  
en el mancebo los ojos;  
y el rostro que es un prodigio,  
de lágrimas inundado.

COMENDADOR.

¿Y fugarse, no han querido?

CONDE.

¿No han tentado con ofertas  
vuestra lealtad?

SARGENTO.

Pues qué, digo:  
¿a esta cara, a estos mostachos  
se atrevieron los nacidos  
con tales proposiciones?...  
Se guardaran, ¡vive Cristo!

CONDE.

¿Y les hallasteis papeles?

SARGENTO.

Lo primero fue el bolsillo  
registrarles, y, por cierto,  
no lo llevaban provisto.  
Y aunque lo hubieran llevado  
de oro y de joyeles ricos...,  
¡Dios me libre!, por mi vida  
seguro estaba, lo afirmo,  
que soy montañés, y nunca  
me apropio lo que no es mío.  
Registrélos por si acaso  
encontraba algún indicio  
de traición. Más solamente  
en la escarcela del lindo,  
(Saca un paquete de cartas atadas con un listón).  
atados con esta cinta  
encontré estos papelillos,  
que me parecen las cartas  
de algún buen padre a su hijo.

Pero como no conserva  
ninguna su sobrescrito,  
y están en abreviatura  
las firmas, nada he pedido  
yo, que soy lector escaso,  
sacar, señores, en limpio.

CONDE.

A ver..., dádmelas.

SARGENTO.

(Se acerca a la mesa y entrega el paquete al Conde).

Son éstas;

no llevaba más consigo.

CONDE.

Id con Dios. Muy satisfecho  
queda de vuestros servicios  
el Consejo, y el despacho  
tendréis de capitán vivo.

SARGENTO.

Y yo, por honra tan grande,  
ante el Consejo me humillo.

(Aparte, yéndose).

Si hoy empuño la bengala,  
no habrá quien pueda conmigo.

(Vase).

MARQUÉS.

(Con ansiedad).

Señor conde, ¿qué os detiene  
las cartas en recorrer?

Importante puede ser  
lo que en ellas se contiene.

CONDE.

(Pone el paquete, cual lo recibió, sobre la mesa, y encima de él, la  
mano).

Según ha dicho el sargento,  
no presentan luz alguna.

Y si le dan, oportuna  
no la juzgo en el momento.

COMENDADOR.

(Perplejo).  
Si es caballero español  
ese reo..., descubrir...

CONDE.  
(Con entereza).  
¿Para qué, si ha de morir,  
aunque fuera el mismo sol?  
De nada le sirve al juez  
el nombre del delincuente;  
antes, gran inconveniente  
es el saberlo tal vez.  
Que ese preso ha asesinado  
a un capitán, de servicio  
en importante ejercicio,  
¿no está, señores, probado?

MARQUÉS Y COMENDADOR.  
Sí lo está.

CONDE.  
Y la general  
ley, de todos conocida,  
¿no condena al homicida  
a la pena capital?

MARQUÉS Y COMENDADOR.  
Es cierto.

CONDE.  
¿Y no es evidente  
que siendo traidor al rey  
ha quebrantado la ley,  
en que terminantemente  
se prohíbe el impedir  
del bando infiel la expulsión,  
condenando, y con razón,  
a quien lo intente a morir?

MARQUÉS Y COMENDADOR.  
No hay duda.

CONDE.  
(Resuelto).  
Pues sólo veo  
en quien hizo tales cosas  
de dos penas capitales

un imperdonable reo.  
Y dada desde esta silla  
una sentencia legal,  
aunque sea el criminal  
un infante de Castilla,  
se ha de cumplir, ¡vive Dios!

(Entra el Secretario).

SECRETARIO.  
Ya va a publicarse el bando,  
y el pueblo hierve anhelando...

CONDE.  
¿El suplicio de los dos?  
Dentro de una hora será.

SECRETARIO.  
No, señor. Suenan rumores...

CONDE.  
(Con desprecio).  
¿Qué dicen los habladores?  
Mas ¿quién crédito les da?...

SECRETARIO.  
Dicen que un grande de España  
es el mancebo.

CONDE.  
(Con burla).  
¿No más?

SECRETARIO.  
Y que su acción es quizás,  
más bien que delito, hazaña.  
Dicen que cristiana: y fiel  
es la morisca... Son varios  
los cuentos extraordinarios  
que de ella cunden y de él,  
y reina gran ansiedad.

CONDE.  
(Con viveza).  
Las tropas a todo evento,  
no haya algún traidor intento,

señor marqués, preparad.

MARQUÉS.

(Levantándose).

Voy; mas juzgo necesario,  
puesto que en la población  
reina alguna agitación,  
como dice el secretario,  
a punto fijo saber  
la importancia del tal reo,  
y por esas cartas creo  
que se podrá conocer,  
pues, aunque el sargento, rudo,  
nada de ellas descubrió,  
si bien se examinan, yo  
que algo se encuentre no dudo.

COMENDADOR.

Pues que no se ha de alterar  
por su contenido en nada  
la sentencia pronunciada,  
se pueden examinar,  
para que las precauciones,  
según la clase del preso...

MARQUÉS.

Solamente para eso  
busco estas indagaciones.

CONDE.

(Incomodado).

Accedo, contra mi gusto,  
si os anima ese interés,  
pues con esa razón es  
que yo me conforme justo.

(Desata el paquete de cartas, y al ver la primera se demuda, tiembla, se levanta y manifiesta gran sorpresa y turbación).

¡Cielos!... ¡Cielos!... ¿Es verdad,  
o es un sueño que me engaña?...

MARQUÉS.

(Aparte).

¡Qué turbación tan extraña!

(Alto).

¿Por qué, conde, esa ansiedad?...

CONDE.

¡Ay de mí!... ¡Suerte cruel!

COMENDADOR.

¿Qué descubriste, señor conde?

¿Qué grave secreto esconde  
ese angustioso papel?

MARQUÉS.

(Dudoso).

Yo la causa no colijo...

CONDE.

(Fuera de sí).

Amigos..., el criminal  
que va al cadalso fatal...  
es...

MARQUÉS Y COMENDADOR.

(Con gran ansiedad).

¿Quién es?

CONDE.

¡Cielos! Mi hijo.

(Cae sin sentido en el sillón, y le cercan y socorren, atónitos, el Marqués, el Comendador y el Secretario).

### *ESCENA III*

Decoración corta, que representa el interior de una reducida prisión, y salen MARÍA y DON FERNANDO, vestido de soldado, y ambos con cadena y en gran abatimiento

MARÍA.

¡Oh Fernando!

DON FERNANDO.

¡Ay María!

MARÍA.

¡Esposo mío!... ¡Cielos!

DON FERNANDO.

Al darme tú ese nombre  
en guirnaldas se tornan estos hierros.  
¿Qué me importa la vida,  
si en tus brazos la pierdo,  
y juntas nuestras almas  
de este mundo infeliz alzan el vuelo,  
inocentes y puras,  
a recibir a un tiempo  
en la mansión celeste  
la santa bendición del Dios eterno?

MARÍA.

¿Tú morir...? ¡Mi Fernando!  
¿Tú morir...? Me estremezco.  
¿Qué delito es el tuyo?...  
Muera yo sola, pues delito tengo.  
Sí, nací delincuente;  
la sangre que en mi pecho  
por ti late es delito,  
delito propio que pagar yo debo.  
Pero ¿tú...?

DON FERNANDO.

El adorarte  
es un crimen horrendo  
a los ojos del mundo,  
y de tal crimen me pongo reo.

MARÍA.

¡Fernando!

DON FERNANDO.

¡Dulce esposa!

MARÍA.

(Con gran vehemencia).  
Sálvate, te lo ruego.  
No me espanta la muerte,  
no me espantan los bárbaros tormentos,  
si tu vida se salva.

DON FERNANDO.

Yo sin ti la detesto,  
y es ya morir contigo  
la mayor dicha, que afanoso anhelo.

MARÍA.  
¡Fernando!... Tus palabras  
desgarran, ¡ay!, mi pecho.  
¿Tú morir...? No, ¡Dios mío!  
Una víctima basta.

DON FERNANDO.  
(Con gran ternura).  
Amor y el Cielo  
hoy piden dos.

MARÍA.  
Esposo,  
yo sola morir debo.  
Cumpliéronse mis días...,  
pues alcancé a ser tuya, y nada espero.  
Pero ¡tú...! ¿No contemplas  
el porvenir inmenso  
que Dios te da propicio?...  
Ingrato, ¿podrás tú desconocerlo?  
Tu padre..., sí, tu padre...

DON FERNANDO.  
Calla, calla, ¡oh tormento!...  
Allá en Flandes me juzga.  
Sepa quién soy después que hubiere muerto  
¿Yo, sin poder salvarte,  
intentar...? ¡Dios eterno!  
Jamás.

MARÍA.  
Sí, que resuelta  
a revelarles voy todo el secreto.  
Yo llamaré a tu padre,  
y a sus pies...

DON FERNANDO.  
Vano esfuerzo:  
es un juez inflexible.

MARÍA.  
Pero es padre también.

DON FERNANDO.  
También soy reo.

MARÍA.

¿De qué crimen?

DON FERNANDO.

De amarte.

MARÍA.

¿Qué importa, si yo muero?

DON FERNANDO.

De un homicidio.

MARÍA.

Es falso.

El dar castigo a un forzador perverso  
salvando a una infelice,  
no ha sido en ningún tiempo  
crimen. Y tu inocencia  
publicará mi labio al Universo.

DON FERNANDO.

Y moriré.

(Se oye ruido y el cerrojo y llave de la prisión).

MARÍA.

(Suspensa).

¿No escuchas?...

DON FERNANDO.

¡Qué horror!...

MARÍA.

¿Llegó el momento...?

DON FERNANDO.

(Mirando a la puerta sobrecogido de terror).

¡Mi padre!... ¡Oh desventura!

Huye, déjame solo, te lo ruego.

(Empuja a María con violencia hasta sacarla de la escena, y él queda confuso al lado opuesto de aquel por donde se escuchó el ruido. Sale el Conde de Salazar, embozado, y se detiene a la entrada, clavando los ojos en Don Fernando y retirándolos al empezar a hablar).

CONDE.

Él es. ¿Podrá mi valor  
tan alto punto alcanzar?  
Mi planta siento temblar.  
¡Oh cielos!..., dadme favor.  
Mas si él es..., ¿qué espero aquí?  
Si es cierta mi desventura,  
¿qué busco ya, qué procura  
mi afán?... ¡Infeliz de mí!  
(Pausa).  
Si no fuera criminal...  
¡Ay!... Si disculpa aun tuviera...  
Si alguna desdicha fiera  
le arrebató a exceso tal...  
¿Ya pretendo alucinarme  
buscando disculpas vanas?  
¿Quiero mancillar mis canas?  
(Resuelto).  
Sólo huyendo he de salvarme.

(Va a partir, y se detiene, a la primera voz de Don Fernando, pero sin desembozarse ni volver el rostro).

DON FERNANDO.  
¡Padre! ¡Señor!... ¡Padre mío!  
(Corre y se arroja a sus pies, y le abraza las rodillas).  
Una vez entrado aquí,  
¿os vais sin hablarme así,  
abandonándome impío?

CONDE.  
(Inflexible y sin volver el rostro y con afectado sosiego).  
Tengo un hijo solamente,  
que sigue en Flandes la guerra.  
¿Cómo puede en esta tierra  
preso estar, ser delincuente?

DON FERNANDO.  
Golpes de fortuna son,  
que explicados...

CONDE.  
(Con reconcentrado furor).  
¿Explicar,  
¡oh traidor!, el ayudar  
a la morisca nación?

DON FERNANDO.

(Abatido).

¿Yo..., caballero..., cristiano,  
a tal crimen arrojarme...?

(Despechado).

Y ¿quién osa apellidarme  
traidor?... ¡Cielo soberano!  
¡Padre!

CONDE.

(En la misma actitud).

El delito es patente.

¿No osasteis vos atacar  
los rebeldes por salvar...?

DON FERNANDO.

(Con energía).

Quien tal os ha dicho, miente.

CONDE.

Y de noche en un camino,  
quebrantando toda ley,  
¿de un capitán de su rey  
fuera mi hijo el asesino?

DON FERNANDO.

(Levantándose con dignidad).

¡Padre, padre! Basta ya.  
¡Asesino...! ¿Quién, señor?  
¿De vuestra sangre el valor  
juzgáis que tan bajo está?

(Con entereza).

Con razón y frente a frente,  
cruzándose los aceros,  
cual cumple entre caballeros,  
le herí, señor, noblemente  
a una infelice amparando  
que en un monte violentar  
quiso el feroz militar,  
de su poder abusando.  
Al gemido del despecho  
de la víctima acudí,  
y logré salvarla, sí...  
Vos lo mismo hubierais hecho:  
que amparar a una mujer  
oprimida y principal

de todo ultraje brutal  
es un sagrado deber.

CONDE.

(Se va volviendo lentamente enternecido al oír los últimos versos; se desemboza, y sin mirar aún a su hijo, dice aparte, muy conmovido).

¡Cielos..., cielos!... Si es así,  
disculpa tiene tu arrojó,  
gran disculpa.

(Alto).

Me sonrojo  
de haber dudado de ti.

(Le echa los brazos).

¡Hijo mío!... ¡Hijo!

(Después de una ligera pausa, recobra su entereza y lo separo de sí con severidad).

Mas... no.

Con la mora te fugaste,  
y el decreto quebrantaste  
que darle amparo prohibió.  
Y salvando de Albenzar  
a la atrevida heredera,  
del rebelde la bandera  
del polvo osastes alzar.

DON FERNANDO.

(Con vehemencia).

¡Padre..., padre!... Yo salvé  
en tan crítico accidente  
a una mujer inocente  
que nunca rebelde fue.

(Con entusiasmo).

Cristiana es, pura, leal,  
de Albenzar la hija. Es portento  
de virtud y entendimiento,  
un encanto celestial.

(Cae de rodillas a los pies padre).

Y..., padre, padre, perdón.

Es la esposa de tu hijo.

CONDE.

(Atónito).

¿Qué es lo que tu labio dijo?

¿Esposa tuya...? ¡Oh baldón!

(Con gran ansiedad).  
¿Cuándo...? Acaba... ¿Cómo pudo...?

DON FERNANDO.

(Ahogado).

Cuando nos halló el sargento  
se elevaba a sacramento  
nuestro indisoluble nudo.  
En un lugar de mi estado  
nos ha unido a ambos a dos  
el sacerdote ante Dios  
con el rito acostumbrado.

CONDE.

¿Tú de una morisca...? Di.

DON FERNANDO.

Dios santo es de ello testigo.

CONDE.

(Furioso).

¡Infeliz! Yo te maldigo.

DON FERNANDO.

(Aterrorizado).

¡Padre!... ¡Qué horror!... ¡Ay de mí!

(Cae al suelo).

CONDE.

(En actitud amenazadora y con terrible furor).

Vuele al cadalso la infiel,  
y que del verdugo el brazo  
rompa y destroce ese lazo,  
dogal para mí cruel.

(Yéndose precipitado).

Que no se retarde más  
el suplicio, ni un instante.

DON FERNANDO.

(Arrastrándose tras de su padre).

Como esposo, como amante,  
debo también...

CONDE.

(Volviendo con rapidez).

Morirás.

(Vase. Sale María y estrecha en sus brazos a Don Fernando).

MARÍA.

Todo lo escuché... ¡Dios mío!  
De bronce o de mármol soy,  
pues lo escuché y viva estoy.  
¡Oh crueldad!... ¡Oh padre impío!  
Fernando..., Fernando..., esposo...

DON FERNANDO.

Mejor, dime tu verdugo,  
pues darme al Destino plugo  
tormento tan espantoso.  
Yo... Sí, de tu perdición  
soy la causa...  
(Desesperado).  
¡Horrible suerte!,  
pues que te arrastro a la muerte  
con mi necia indiscreción.  
De mi padre la violencia,  
para romper nuestro lazo,  
a apresurar corre el plazo  
de la espantosa sentencia.

MARÍA.

¡Fernando!

DON FERNANDO.

Ya no hay piedad;  
cerróse toda esperanza.

MARÍA.

Aún tengamos confianza  
en la celeste bondad.

DON FERNANDO.

Me horrorizo, me confundo...

MARÍA.

Si te salvo con mi muerte,  
como ya espero, mi suerte,  
es la más feliz del mundo.

DON FERNANDO.

¿Yo sin ti la vida...? No;

juntos al Cielo volemós,  
que allí el amparo tenemos  
del que al hombre redimió.

(Salen el Alcaide y dos Alabarderos).

ALCAIDE.

Si sois cristiano, venid,  
que un religioso os espera  
en la capilla de afuera;  
vuestras almas prevenid.

MARÍA.

¡Fernando!... ¡Esposo!...¡Qué horror!

DON FERNANDO.

(Con resignación y dignidad).  
Pura, angelical María,  
sea la Virgen nuestra guía,  
y muramos con valor.

(Vanse).

#### ESCENA IV

Representa el gran salón del Consejo. Entran el COMENDADOR y el SECRETARIO  
COMENDADOR.

Terrible es la situación  
del conde de Salazar.  
¿Es cierto que fue a apurar  
su desdicha a la prisión?

SECRETARIO.

El hijo a reconocer,  
pues aun dudaba que él fuera,  
entró en la torre.

COMENDADOR.

Quisiera  
poderle en algo valer.  
¡Tal afrenta!... ¡Desdichado!  
¿Su hijo heredero traidor...?  
A mancha tal en su honor,

¿qué objeto le habrá llevado?  
Parece imposible.

SECRETARIO.

Es cierto.

Yo juzgo que alguna cosa  
escondida y misteriosa  
reina en tanto desconcierto.

(Entra el Marqués de Caracena apresurado).

MARQUÉS.

¿Dónde..., dónde el conde está?

SECRETARIO.

No ha vuelto de la prisión.

MARQUÉS.

Muy temible agitación  
cundiendo en el pueblo  
va, y es preciso...

SECRETARIO.

El conde viene.

COMENDADOR.

(Mirando a la entrada).  
De un cadáver insepulto  
mejor dijerais el bulto:  
de un espectro el aire tiene.

(Sale el Conde de Salazar demudo y descompuesto, y, sin reparar en nadie, se arroja despechado en un sillón).

COMENDADOR.

(Acercándose con timidez).  
Señor conde, y ¿es verdad...?

CONDE.

(Con terrible acento).  
Al cadalso esa mujer.  
¡Pronto, pronto!

MARQUÉS.

(Con firmeza).  
Puede haber

alguna dificultad.

CONDE.

(Furioso).

Ninguna. Al cadalso luego.

De este peso me liberte,  
que hoy me abrumba, con su muerte.

MARQUÉS.

(Acercándose).

Señor, escuchadme, os ruego.

La morisca está casada.

CONDE.

(Fuera de sí).

¡Infamia!... ¡Afrenta! El sayón  
tal lazo de maldición  
romperá.

MARQUÉS.

(Con tesón).

Queda salvada  
siendo su esposo cristiano:  
la ley terminante es.

CONDE.

No en este caso, marqués.

MARQUÉS Y COMENDADOR.

Considerad...

CONDE.

(Levantándose y con actitud y tono de dominio).

Es en vano;  
que la sangre de Albenzar  
se extermine manda el rey,  
y ésta es la suprema ley,  
que cumplida ha de quedar.

VOCES.

(Dentro).

Detente.

OTRAS VOCES.

(Dentro).

Atrás.

OTRAS.  
(Dentro).  
¿Estás loca?

FELISA.  
(Dentro).  
Entraré, aunque os pese a vos,  
que el paso abre siempre Dios  
a quien su justicia invoca.

MARQUÉS.  
(Sobresaltado).  
¿Qué alboroto puede ser...?

COMENDADOR.  
(Mirando afuera).  
Los guardias atropellando  
hasta aquí mismo va entrando  
frenética una mujer.

FELISA.  
(Dentro, pero más cerca).  
Dios me envía; respetad...

VOCES.  
(Dentro, pero cerca).  
Atrás... Pronto.

FELISA.  
(Dentro).  
Es inocente,  
y Dios justo no consiente.

MARQUÉS.  
(Decidido, acercándose a la entrada).  
Guardias, el paso dejad.

(Entra Felisa muy agitada descompuesta).

FELISA.  
(Fuera de sí).  
No es morisca, que es cristiana.  
De Albenzar no es hija, no;  
del trueque culpa soy yo:  
es de sangre castellana.

COMENDADOR Y SECRETARIO.

¿Qué dice?

MARQUÉS.

(Con viveza).

¿Qué?...

CONDE.

¡Oh confusión!

MARQUÉS.

(Acercándose a Felisa con mucho interés).

Habla, mujer.

CONDE.

(Agitado).

Habla, di.

FELISA.

Prestad, que os cumple, atención.

(Con rapidez).

Ha dieciocho años  
que estando una noche  
con mi amado esposo,  
que del Cielo goce,  
sola en mi cabaña,  
en aquellos montes  
que en sus hondas quiebras  
a Alajuar esconden,  
tocó fatigado,  
perdido en el bosque,  
huyendo la furia  
de unos salteadores,  
pidiendo socorro,  
a mi puerta un hombre.  
Bajó de un caballo,  
y en la choza entróse;  
y al desembozarse  
demostró en su porte  
ser hombre de cuenta,  
que esto se conoce.  
Vi que un envoltorio  
resguardaba, donde  
de un recién nacido  
noté los clamores.

Pregunto curiosa,  
me acerco, y mostróme  
un ángel del Cielo,  
una niña, entonces  
de dos o tres días,  
con tales facciones,  
con tanto atractivo  
de celestes dotes,  
que con sus encantos  
el alma robóme.  
Presentéle el pecho,  
y ansiosa tomóle  
(tres meses habría  
que de mis amores  
el fruto perdiera),  
y la niña hallóse  
tan bien en mis brazos,  
que al momento el hombre,  
si quería encargarme  
de ella, preguntóme.  
«Con el alma», dije;  
y él repuso entonces:  
«Ya está cristianada;  
María es su nombre,  
y de vuestras dichas  
puede ser el norte.  
Mas secreto importa,  
que un misterio esconde  
que interesa mucho  
a grandes señores.  
Yo volveré a veros,  
pues que ya sé dónde».  
Y algunas monedas  
dándome, partióse.

MARQUÉS.  
(Muy agitado).  
Acabad.

FFLISA.  
Yo, loca,  
no con tales dones,  
sino con la niña,  
a poner fuí en orden  
sus ricos pañales,  
que decían a voces

ser aquella prenda  
de sangre muy noble.

MARQUÉS.

(Con ansiedad).

Y ¿qué hicisteis?... Dime.  
¿En dónde está?... ¿Dónde?  
Infeliz, acaba,  
que el alma me rompes.

FELISA.

A los pocos días  
de parto murióse  
de Albenzar la esposa,  
y proposiciones  
de criar su hija  
me hicieron. Entróme  
deseo, llevada  
(que al cabo era pobre)  
de obligar con ello  
a Albenzar, al hombre  
de mayor riqueza  
en aquellos montes;  
y amo, a quien servían  
también de pastores  
mi padre, ya viejo,  
y mi esposo, aún joven;  
accedí, encargueme  
de la crianza doble;  
tomé a la morisca,  
y a las pocas noches  
tuve la desgracia  
de que diera un golpe,  
mientras yo dormía,  
cayendo del borde  
de la cama al suelo,  
que la muerte dióle.  
Yo, desatentada,  
confundida entonces,  
de Albenzar temiendo  
los justos furros,  
y no habiendo vuelto  
a ver a aquel hombre  
que la otra criatura  
me trajera...

MARQUÉS.

Acorte  
palabras tu labio,  
excuse razones.  
Le diste por hija  
la niña del bosque.

FELISA.

Sí, Señor. Confieso  
mi delito enorme.  
Le engañé. Y a poco  
con ella llevóme  
a su casa, y nunca  
de mí separóse.

MARQUÉS.

(Aparte).  
¿Cómo yo encontrarla  
con morisco nombre?  
(Alto, a Felisa).  
Infame..., ¿la hiciste  
morisca?... Responde.

FELISA.

(Con fervor).  
La crié cristiana,  
que, aunque nací pobre,  
de cristianos viejos  
y de raza noble  
castellana sangre  
por mis venas corre.  
Cristiana, inocente  
es esa que, atroces,  
habéis condenado.  
(Profunda, sensación).  
¡Dios os lo perdone!

CONDE.

¡Oh cielos!... Respiro.

MARQUÉS.

Y ¿encontraste sobre  
la niña..., en sus ropas...?

FELISA.

En un lienzo doble,

este pergamino  
esta cruz.

(Saca del pecho un pequeño pergamino escrito y una crucecita de oro, que entrega al Marqués. Este reconoce uno y otra enajenado de gozo).

MARQUÉS.

Rompióse  
el velo angustioso,  
al fin la hallé... Y ¿dónde?  
¡Ay hija del alma!  
(Dentro cajas).  
¡Funesto redoble!

CONDE.

Volad, secretario;  
suspended el golpe...

MARQUÉS.

(Con ansiedad).  
Volad, y rompiendo  
sus duras prisiones,  
vengan a mis brazos.

(Vase el Secretario).

FELISA.

(Enajenada de gozo).  
¡Oh Virgen!... Salvóse.

(Va a marchar, y la ase de un brazo y la detiene el Conde).

CONDE.

Mujer, decid: ¿es seguro  
cuanto aquí habéis revelado?

FELISA.

Yo por el crucificado  
delante de Dios lo juro.  
El vicario de Alajuar,  
a quien yo en la confesión  
hice esta declaración,  
me puede justificar.  
(La suelta el Conde y se va).

CONDE.

(Deteniendo al Marqués).  
¡Señor marqués...!

MARQUÉS.  
(Con viveza).  
Sí; es mi hija,  
y de una ilustre señora...  
No es posible entrar ahora  
en esta historia prolija.  
Basta decir que casado  
yo con la madre estuviera,  
si la muerte no la hubiera  
a mi amor arrebatado.

COMENDADOR.  
(Deteniéndolo también).  
La niña, ¿cómo quedó  
en un abandono tal?

MARQUÉS.  
Porque mi estrella fatal  
en ahogarme se empeño.  
Mataron los salteadores,  
al volver, a mi criado,  
y me quedé condenado  
a mil dudas y temores.  
Después mil pesquisas hice  
en vano... ¿Cómo acertar  
que era la hija de Albenzar  
la que buscaba...? ¡Infelice!

COMENDADOR.  
Ya vienen.

MARQUÉS.  
(Enajenado).  
¡Dulces pedazos  
del alma!  
(Observando).

¡Ay!... ¡Su madre es!

(Entran Don Fernando con Corbacho, María con Felisa y demás Guardias y Pueblo de Valencia).

DON FERNANDO.

(Arrojándose a los pies del Conde).  
Padre mío, a vuestros pies...

CONDE.  
(Con gran ternura).  
Toma, hijo mío, los brazos.  
(Se abrazan).

MARÍA.  
(Arrojándose en brazos del Marqués).  
¡Señor!... ¿Vos...?

MARQUÉS.  
(Fuera de sí).  
¡Oh prenda mía!  
(Pausa).  
¡Oh conde!...

CONDE.  
¡Oh marqués! ¡oh amigo!  
Yo su santa unión bendigo.

(El Conde empuja de un lado a Don Fernando, y el Marqués, de otro a María para que se abracen).

MARQUÉS.  
(Al Conde).  
Será la heredera mía.

COMENDADOR.  
(Enternecido).  
¡Cielos!

FELISA.  
(A Corbacho).  
Milagro es patente.

CORBACHO.  
Lo es sin duda.

COMENDADOR.  
A la inocencia  
siempre ampara la clemencia  
del Dios Santo omnipotente.

Sevilla, 1841.

FIN DE «LA MORISCA DE ALAJUAR»